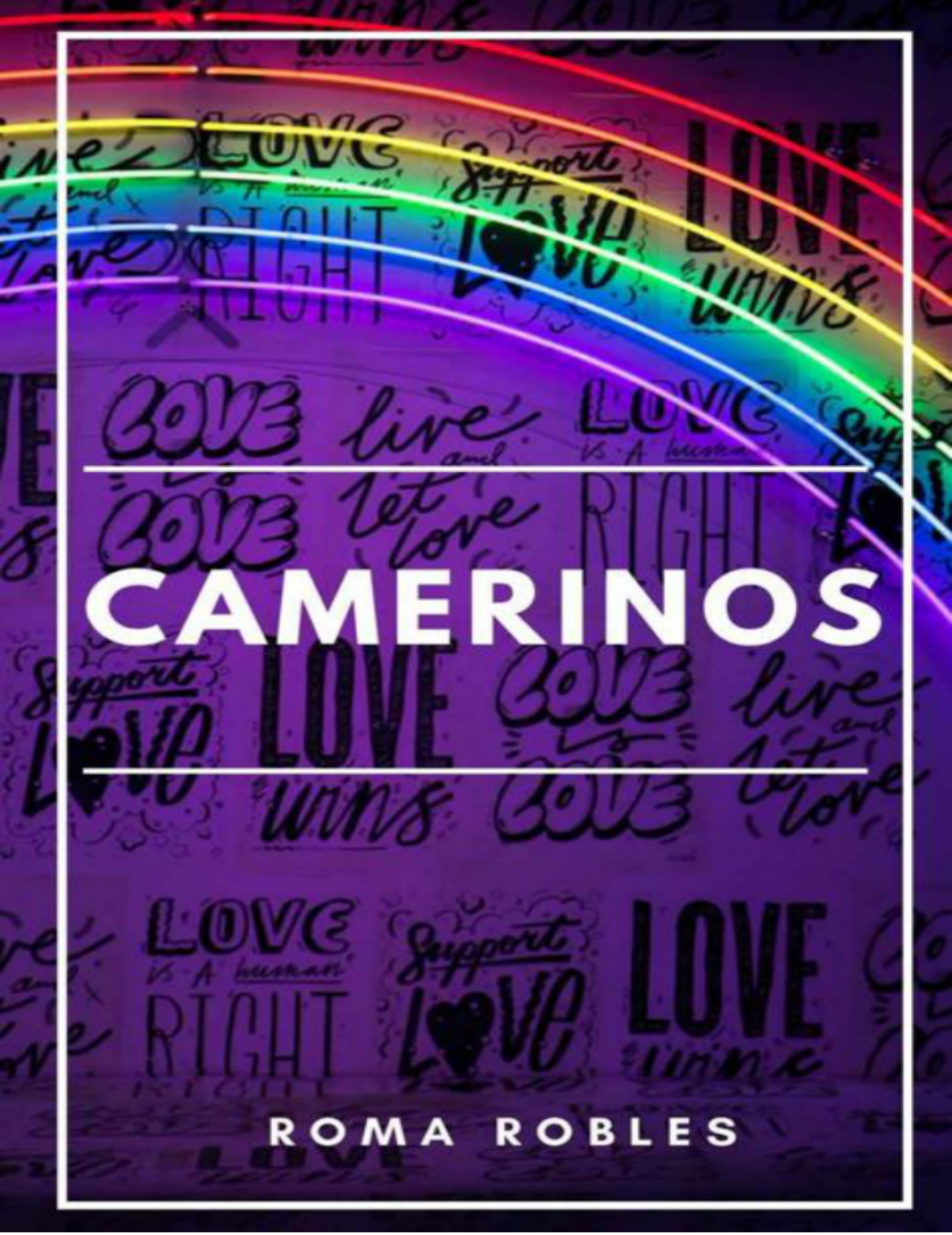

CAMERINOS
ROMA ROBLES

CAMERINOS

Roma Robles

CAPITULO 1

—No hace falta que te diga que nos jugamos mucho.

—Lo sé, lo sé —Miguel se frotó su desastrada barba intentando pensar.

—¿Lo sabes? Pues no pareces demasiado nervioso.
—David, estoy… —Miguel miró a su alrededor para asegurarse de que no les escuchaba nadie —estoy cagado. Y lo sabes. Me conoces. Pero no creo que tener un ataque de pánico antes del primer show de la temporada vaya a ayudarnos en nada.

—Lo sé. Es que Miguel, eres el mejor cómico que conozco. El mejor. Yo nunca habría llegado a nada si tu no escribieses nuestros monólogos. Solo necesito que dejes la amargura con la que vives un rato fuera del escenario. La gente viene aquí a reírse, a olvidarse de sus problemas, no a que les hagas sentir peor.

—Eso intento ¿vale? No siempre controlo mi estado de ánimo. Y ahora, por favor, déjame un rato a solas. Necesito concentrarme.

—Vale —dice el chico, enfilando hacia la salida del camerino.
—David —le llama Miguel y este se da la vuelta —Yo tampoco habría llegado a ningún sitio sin ti.

El joven sonríe y tiene ya la mano en el picaporte de la puerta cuando esta se abre de golpe.

—¡Buenas noticias! ¡Buenísimas de hecho! —la tripa de Alfonso, el manager del grupo, entra dos minutos antes que el resto de su cuerpo. Está rojo y sudoroso pero sus manos palmean alegremente, un gesto raro en él. Los dos chicos le miran estupefactos. —¿A qué no sabéis quién va a actuar en este magnífico teatro cada noche de este mes justo después de vosotros?

—¿Quieres decir a quién vamos a telonear? —ironiza Miguel con una sonrisa amarga.
—Llámalo cómo quieras. Quién actúe los mismos días que vosotros es importante. Ayuda a vender entradas. Y, en este caso, muchas entradas.

—Dilo ya, no te hagas el interesante —protesta David —¿Quién es?

—Ni más ni menos que —el manager hace una pausa de efecto dramático —Roy Arnold.

—¡No jodas! —exclama David.

—¿Quién es? —pregunta Miguel, que no ha oído el nombre en su vida.

—¡Coño Roy! —exclama David —El cantante que ganó la última edición de ese concurso de la tele ¿cómo se llamaba?

—*Nacido para triunfar* —aclara Alfonso.

—Eso. Este chico lo ganó el año pasado y desde entonces se ha convertido en un ídolo de masas. Bueno, verás cuando se lo cuente a mi hermana. Es súper fan.

—¿Un niñato salido de un concurso de televisión? ¡Vamos no me jodas! —se indigna Miguel, para quién la noticia es todavía peor de lo que había imaginado.

—Es una estrella —afirma el representante —Las chavalitas de veinte años lo adoran. Lo que significa que vendrán a verle con sus novios. Que, con un poco de suerte, os adorarán a vosotros y a vuestros chistes guarros. Y con ese rollo de las entradas combinadas, quizás vengan a veros al show antes de ir al concierto. Se acaba de anunciar y vuestras entradas ya se están vendiendo un 15% más que ayer. ¡Son unas noticias fantásticas!

—Mira, me da igual. A mí con tal de que no dé por culo… —Miguel se resigna, mientras vuelve a repasar el guión de la actuación de esa noche.

—Creo que sí que da por culo. Pero tranquilo, no creo que seas su tipo. —Alfonso ríe de su propia ocurrencia mientras sale del camerino. —¡Veinte minutos para que empiece! —grita antes de que su gordo culo desaparezca por el pasillo.

—Miguelón, esto nos va a venir bien, ya verás —sonríe David, saliendo también.

El cómico suspira demasiado alto en señal de resignación, pero no responde nada.

CAPÍTULO 2

—No lo entiendo. Este es nuestro camerino. Lo ha sido todos los años que hemos actuado aquí. —dice David.

—Ya lo sé y he intentado solucionarlo —asegura el representante —pero Roy Arnold…

—El señor Arnold necesita este camerino. Es imperativo. —interviene un hombre, delgado, con demasiado perfume y un bigote estilo Dalí.

—¿Qué diablos pasa aquí? —exclama Miguel, entrando por la puerta.

—Chicos, Roy necesita este camerino —dice Alfonso apesadumbrado.

—No lo necesita ¡es imprescindible que lo tenga! ¡Por el show! —exclama el hombre del bigote con voz aguda.

—¿Quién cojones es este? —dice el cómico señalándole con desprecio.

—Silvio Puzzi. Soy el tour manager de...

—Es el chico de los recados. No es culpa suya. El chaval necesita estar en este camerino que es el que está al lado de los vestuarios por temas de vestuario, tiempos de cambio… Y a nosotros nos conviene llevarnos bien con él.

—A mí todo eso me parece genial pero ¿a dónde se supone que vamos a ir nosotros? —pregunta Miguel enfadado.

—A los de arriba —dice Alfonso, evitando mirarle. —Sé que no son tan lujosos como este pero…

—¡Qué lujosos ni qué niño muerto Alfonso! ¡Están en la quinta planta! ¡Sin ascensor! Si tengo que subir y bajar tres veces por show voy a llegar reventado a la actuación.

—Más que de normal —apostilla David riéndose.

—No. Ni hablar. Este camerino siempre ha sido nuestro camerino. Y no nos lo va a quitar el primer niñato maquillado que venga a malgastar sus cinco minutos de gloria.

—Pero… —empiezan Alfonso y el del bigote.

—¡Nada de peros! —si ese tal Roy Arnold tiene algún problema, que venga a hablar conmigo.

—¿Qué pasa? —dice una voz suave.

Todos se dan la vuelta sorprendidos. Nadie le ha escuchado llegar. Roy Arnold les mira desde la entrada del camerino con gesto confundido. El pelo rubio le cae sobre la frente y le hace parecer todavía más joven. No se parece en nada a cómo Miguel se lo había imaginado. Anoche, al llegar a casa, le buscó en internet y en todas las fotos se veía a un chaval con abundante maquillaje de ojos, pelo engominado y pinta de chulito de barrio. Sin embargo aquí, con la cara lavada, una simple camiseta blanca y esa pinta de no haber roto nunca un plato, parece mucho más… dulce. Normal.

El silencio que se hace según él entra en escena se rompe enseguida. El tal Silvio y Alfonso se apresuran a darle todo tipo de atropelladas explicaciones a ese chico, que podría ser su hijo. El pobre no entiende nada de nada y Miguel decide que es hora de intervenir.

—Mira chaval. Lo que pasa es muy sencillo. Aquí mi colega David y yo llevamos muchos años haciendo nuestras temporadas en este teatro. Y siempre, siempre, hemos estado en este camerino. Ahora nos quieren exiliar, como si fuésemos dos perros viejos, al otro camerino, que está subiendo todas esas preciosas escaleras donde Cristo perdió la chancla. Y eso no puede ser. Tú no lo sabes, pero hay una regla no escrita en el mundo del teatro que dice que el primero que llega a un camerino se lo queda. En este caso, los primeros hemos sido nosotros.

—¡Bobadas! —exclama el pijo imitador de Dalí —Señor Arnold, ya les he explicado a estos caballeros que para su show es imperativo…

—Pero a ver ¿qué pasa? ¿En serio estamos discutiendo por un camerino? —Roy se muestra incrédulo. —¿Qué sois? ¿Supersticiosos?

Miguel se revuelve incómodo. Hete aquí el verdadero problema. No dice nada.

—Yo sí —confiesa avergonzado David —perdona Roy, pero yo sí

soy supersticioso. Mucho. Miguel no va a vender mis debilidades por ahí, pero para mí este camerino es muy importante.

Las mejores actuaciones que hemos hecho en la última década, las hemos hecho saliendo de este camerino. Yo entiendo perfectamente que tú eres la estrella aquí y que nosotros somos los teloneros, pero necesito este camerino.

Miguel mira a su amigo. Odia ver cómo lo pasa mal dando esas explicaciones que para él son muy vergonzosas. Roy sin embargo, se encoge de hombros.

—Vale, me da igual. En realidad el único motivo por el que solicité este camerino es porque hay unas duchas al fondo del pasillo y arriba no. Yo necesito ducharme justo antes de cada actuación. Manías. Supongo que no eres el único. —sonríe amigablemente a David.

—A ver, alguna solución tiene que haber. —dice Miguel —¿Qué necesita Roy? ¿Una mesa grande para poner sus maquillajes y sus pinturitas? ¿Dos? Pues mira, yo cojo mis cosas y me pongo en ese rincón —mueve todos sus inservibles bártulos a una esquina del camerino, encima de un raído sofá. —Yo aquí no molesto. Que se quede la estrella con esas dos mesas, David con la tercera y to me pongo aquí. Hay sitio para todos. En la carretera teníais que haberos curtido vosotros. —comenta socarrón.

Roy asiente con la cabeza pensativo y finalmente se encoge de hombros.

—Me parece bien. Silvio amor, diles a los del cuerpo de baile que suban al camerino de arriba. Entre que suben y bajan ya llegan al show con el calentamiento hecho. Y yo me quedo aquí con estos dos chicos tan majos. Solucionado.

—¿Seguro? —el imitador de Dalí mira a los dos cómicos con suspicacia y Miguel le devuelve una sonrisa irónica.

—Claro que sí Silvio, si le vamos a cuidar genial. Ya veras. —dice —Y ahora, si me disculpáis, todo el mundo fuera. Tengo actuación en una hora y me tengo que preparar. —Miguel acompaña a Silvio y Alfonso a la puerta del camerino y la cierra con poca delicadeza en su cara.

—Gracias tío. En serio. —dice David al joven cantante.

—No hay de qué. Seguro que vamos a hacer muy buenas migas. —sonríe Roy con unos dientes blanquísimos que Miguel no puede evitar notar.

CAPÍTULO 3

—No podemos caer más bajo.

—¿No te parece que exageras un poco? —Alfonso se amasa su barriga enfrente del espejo.

—No, no exagero. —exclama Miguel con vehemencia —David y tú no lo queréis ver, pero estamos en el barro. ¿Tú le has visto? Es un maniquí con maquillaje, recién salido de un estúpido concurso de televisión. Nosotros llevamos más de una década en esto. Y de la noche a la mañana ese advenedizo nos pasa por encima. Lo del camerino fue solo el principio.

—Vale. Te concedo que es un niñato amanerado y demasiado guapo. ¿Y qué? El chaval debe de tener también algún tipo de talento musical, porque llena estadios.

—Y si llena estadios ¿qué hace aquí? —ironiza Miguel —Vender 500 butacas no le parecerá un gran logro si tan bueno es.

—500 butacas que, siento recordártelo, pero tú no llenas Miguelón. ¿Yo qué sé qué hace aquí? Promociona una serie de conciertos íntimos. Probablemente solo quiere conseguir que sus cinco minutos de fama se conviertan en 10 demostrando que puede tocar más o menos bien la guitarra.

Miguel le mira de reojo y bufa mientras da vueltas por el camerino.

—No sé qué te molesta tanto exactamente. Quiero decir, tú eres de natural amargado, pero en este caso no sé dónde ves el problema. El chico va a llenar sus butacas con esa mamarrachada acústica y, probablemente, también ayude a vender algunas filas en tus shows. Esas niñas que se pintan su nombre en la cara y le profesan amor eterno difícilmente llegan a la mayoría de edad. Muchas vendrán con sus padres, sus novios, qué se yo. Y ellos son tu público. Es un movimiento arriesgado lo admito pero…

—Desesperado —apostilla el cómico —. Es un movimiento desesperado.

—Vale sí, es desesperado —Alfonso se encoge de hombros —Pero

la situación es desesperada Miguel. Como no vendamos al menos el 60% de las entradas, el teatro nos va a cerrar el chiringuito. ¿Sabes eso que le dijiste a Roy Arnold sobre todos los años que David y tú lleváis actuando aquí? Pues esta puede ser la última temporada. Así que ponte las pilas, rehaz tus monólogos y concéntrate en ser más gracioso y en conectar mejor con tus fans. ¡Olvídate de Roy Arnold! No es tu competencia, ni tu amigo, ni nada. ¿No te cae bien? ¡Me la pela! Centrate en lo tuyo de una maldita vez.

—Estoy rehaciendo todo el espectáculo —dice Miguel con los dientes apretados de rabia —. Será mejor que nunca.

—Genial, eso espero. Pero, por si acaso, yo voy a seguir promocionando los tickets combinados para vuestra actuación y la de Roy. Quizás deberías comprar uno. ¡Me han dicho que es toda una diva en escenario! Podrías aprender algo de él.

—¡Vete a la mierda Alfonso! —grita Miguel y sale del camerino dando un portazo para no partirle la cara al gordo.

CAPÍTULO 4

Lo mejor del show es darse una buena ducha nada más terminar. Miguel lo da todo en cada función y si al bajar del escenario no siente es sudor chorreando por su espalda no se queda contento. La función de ese día ha ido bien. A pesar de lo que su manager vaticinó acerca de la subida de público gracias a Roy Arnold, en la actuación de hoy o ha habido tanto público como a Alfonso o a él mismo le gustaría, pero el que ha estado ha aplaudido con ganas. Parece que los cambios que ha hecho al guión le han sentado bien al show y ahora los chistes fluyen más fácilmente entre David y él.

Se rasca la cabeza pensando en esto mientras entra al camerino.

—¡Hola! Este sí que es un buen recibimiento — Roy le sonríe mientras sus ojos le recorren de arriba a abajo posándose en su pecho, recubierto de una mata de pelo oscuro. Miguel da un paso atrás, intimidado. No pensaba encontrar a nadie más que a David ahí y, por eso, no se ha molestado en vestirse. Y ahora David no está en el camerino, pero Roy Arnold sí. Mierda.

—No sabía que estabas aquí —murmura, escondiéndose detrás de un perchero enorme lleno de ropa mientras busca algo que ponerse.

—No muerdo ¿eh? Te puedes camiar aquí. Tampoco eres el primer hombre que veo desnudo.

Miguel no dice nada mientras coge un pantalón deportivo y se lo pone con movimientos rápidos. Es entonces cuando David abre la puerta.

—Ya estoy aquí. Tenías razón el café de ese sitio está muy bueno. Te he traído uno.

—¡Hombre gracias! No hacía falta.

—¿Qué narices haces ahí escondido? —Pregunta David viendo a Miguel detrás del ropero.

—Creo que le he dado un poco de miedo. —ríe Roy.

—Nadie me ha dado miedo —dice Miguel mientras se pone una camiseta —Simplemente me estaba cambiando de ropa. De todos

modos ¿tú que haces aquí tan pronto? Tu concierto no empieza hasta dentro de dos horas.

—¿Me estas vigilando? —el cantante le guiña un ojo y Miguel nota cómo su cuerpo se pone en tensión. ¡Malditos niñatos insolentes a los que les cae todo del cielo! —Me gusta llegar con tiempo porque me hago yo mi propio maquillaje. Luego tiene que venir mi equipo de peluquería y… en fin, me gusta estar preparado.

—¿Maquillaje y equipo de peluquería? —pregunta Miguel con ironía —¿Ya te reconocen los fans cuando sales a escena?

—Miguel… —le advierte David.

—¿Qué? Solo digo que a otros no nos hace falta tanto.

—Hombre, claro. Los que sois naturalmente guapos podéis pasar sin maquillaje. —sonríe Roy sin inmutarse por el tono borde del cómico.

Miguel le mira atónito. ¿Acaso se está riendo ese niñato de él en su cara? Observa en el espejo su barba desaliñada y su camiseta vieja y luego mira el pelo perfecto, la piel bronceada y los dientes blanquísimos del cantante. Bueno, esta claro, que si alguien es "naturalmente" guapo en ese camerino es él, pero ¿hacía falta hacer ese comentario irónico? Lo peor es que la voz de Arnold no revela la sátira por ningún lado y hasta David le mira divertido como si el chico le acabase de hacer un cumplido muy bueno. Pero Miguel sabe la verdad. Ese niñato en la cima de su carrera se está riendo de él y de su trabajo. De manera disimulada sí, pero se está carcajeando en su cara. Solo hace falta ver la diferencia de entradas vendidas entre los dos espectáculos. Da igual las horas, horas y más horas que Miguel le dedique a sus monólogos y a los de David. Jamás venderán ni la mitad de entradas ni serán ni la mitad de reconocidos que ese maldito fenómeno televisivo. Miguel nota como la rabia empieza a revolverle el estómago.

—Oid, ¿nos sacamos una foto los tres para promocionar las entradas combinadas? Puede subirla a mis redes sociales. —se ofrece Roy sacando el teléfono.

—¡Qué buena idea macho! Nosotros también las subiremos, aunque no tenemos tantos seguidores. —dice David levantándose y colocándose junto al cantante.

—Así os conocerán más —responde el chico rubio —. Vuestro espectáculo merece mucho la pena.

—El tuyo sí que es una pasada. Yo solo he visto los ensayos pero… otro nivel. ¿A que sí Miguel? ¡Ven coño, ponte para la foto!

—Sacárosla vosotros. Yo me tengo que ir. Así os dejo intimidad para que os sigáis comiendo las pollas el uno al otro. —contesta Miguel en tono brusco y cabreado.

David le mira escandalizado por la grosería pero a Roy no parece importarle.

—¡Qué pena hombre! Con la ilusión que me hacía que me comieses tú también un poco la polla. —ríe mientras Miguel abandona el camerino.

CAPÍTULO 5

Una semana más tarde Miguel y David salen por la puerta trasera del teatro.

—Bueno, otro día más terminado. —Dice David poniéndose la chaqueta.

—Sí —asiente Miguel —Parece que había más gente ¿no?

—¡Coño que si había más gente! 80% de las localidades vendidas. Eso no lo hemos visto tú y yo… vamos, ni en nuestros buenos tiempos.

—Eso es bueno.

—Sí, es muy bueno. Y es gracias a Roy Arnold. Al niñato como tú le llamas. Porque a pesar de que tú seas un capullo integral con el pobre chaval nos sigue haciendo publicidad en sus redes sociales. La foto del otro día tuvo no se cuántos miles de *likes*. Entre eso, y lo de las entradas combinadas para venir a ver los dos shows… ¡Esta temporada lo petamos! —David da saltitos emocionado. —¡Imagínate! Alfonso ha hablado hasta de una gira.

—Alfonso siempre está con sus giras y luego nada de nada —Miguel niega con la cabeza —. Además, ¿no eras tú el supersticioso que no quería cambiar de camerino por nada del mundo?

—Por una oportunidad como esa ¡me enfrento a toda la mala suerte que haga falta! —exclama David con una energía que a Miguel le parece desproporcionada.

—¿Vamos a tomar una cerveza? —pregunta.

—No puedo. He quedado con Vanesa. A ver si mi suerte en el trabajo se traslada también a mi vida personal y me hace un poco de caso.

Miguel se ríe. David lleva detrás de Vanesa, una periodista que que escribe en la sección cultural de una revista local, desde hace dos años. Y ella ni caso. Solo amigos dice. Miguel no le quiere quitar las esperanzas a su amigo, pero lo ve más que complicado.

—Oye ¿te quieres venir con nosotros? —ofrece David, aunque

Miguel sabe que es por compromiso.

—Si, vamos ¡lo que me faltaba! Sujetaros las velas toda la noche. Que va, que va. Si no quieres tomar nada, yo me voy a mi casa como un señor. Además he aparcado aquí al lado… —rebusca en los bolsillos de la chaqueta antes de darse una palmada en la frente —¡Joder! Soy idiota. Me he dejado las llaves del coche en el camerino. Voy a buscarlas.

—Vale. Yo no te espero, que si no no llego. Te veo mañana.

—Hasta mañana —se despide Miguel mientras da la vuelta y vuelve a entrar por la puerta del teatro. Sube las escaleras hasta los camerinos de dos en dos, mientras escucha como una multitud enfurecida grita y corea en nombre de Roy Arnold.

Miguel mira su reloj: queda poco más de media hora para que empiece el show del cantante. Se asoma al patio de butacas solo para comprobar que está abarrotado. No queda ni un hueco libre. Todo el mundo quiere ver este nuevo espectáculo “íntimo” del cantautor.

Por los pasillos tiene que esquivar a todo el equipo técnico de Roy, que corren de un lado para otro dando los últimos retoques a las luces y el sonido. Abre la puerta del camerino sin esperar ver a nadie. A esas horas, Arnold debería estar ya arreglado y listo para salir.

Pero no está listo para nada. Ni arreglado. De hecho, tiene muy poca ropa encima. Y tampoco está solo. Miguel se queda paralizado a la entrada del camerino mientras ve como Roy Arnold, desnudo de cintura para abajo, le ofrece su culo a un tío que, arrodillado detrás suyo, tiene la cara enterrada en él.

El invitado de Roy, desde luego, no le ve, ocupado cómo está en dejar bien mojada la entrada del cantante. Pero Roy le mira directamente a los ojos y le lanza la sonrisa más sucia que Miguel ha visto jamás. Sin intención alguna de parar por haber sido descubierto, Roy alarga una mano y presiona más fuerte la cara del tipo dentro de su culo.

—Así cariño, cómeme bien el culo. Sabes lo que me gusta. —dice con la voz ronca por el deseo y sin apartar la vista del Miguel.

El cómico sabe que debe dar media vuelta e irse de ahí a la mayor brevedad, pero sus pies permanecen anclados al suelo, como si se los

hubiesen pegado con cola. Todo su cuerpo empieza a arder y un trepidante cosquilleo surge en su entrepierna mientras su polla se despereza.

Roy tiene las pupilas negras de deseo, los calzoncillos por las rodillas y la polla totalmente erecta apuntando a la mesa. Miguel se queda embobado mirándola. Es bastante grande, venosa y tiene la punta rojiza, necesitada. Está claro que Roy quiere tocársela, pero aguanta mientras el otro le chupa el culo para prolongar más el placer.

—¡Por favor! ¡Qué rico! —Exclama el cantante mordiéndose el labio inferior en un gesto lujurioso —Quiero que me dejes bien mojado para tu polla cariño. Necesito tu polla en mi culo. —dice sin apartar sus ojos de Miguel y este sabe que se lo está diciendo a él. Esa idea hace que, en un segundo, su polla se ponga totalmente dura y pulse con fuerza bajo los pantalones.

El chico mira hacia abajo y se da cuenta de que, incluso vestido, el bulto en sus pantalones es más que notorio. Cuando vuelve a alzar los ojos, ve cómo Roy también le mira la entrepierna y se relame de gusto.

El hombre que se encuentra arrodillado a espaldas del cantante ha empezado a masturbarse y gemir también pero ninguno de los dos le esta haciendo ningún caso. Tan solo se mantienen las miradas. La de Roy, absolutamente provocadora. La de Miguel, como un conejillo ante los faros de un coche, intimidado y cachondo a su pesar.

—Quiero que me metas esa preciosa polla tuya por el culo y no pares hasta que pida clemencia. ¿Entendido? Voy a hacer que te corras como un animal, como nunca te has corrido en tu puta vida.— le dice Roy con una sonrisa cargada de vicio.

Miguel tiene que controlarse para no correrse en seco allí mismo. Con toda su fuerza de voluntad, da media vuelta y sale corriendo del camerino. Casi se lleva por delante a uno de los bailarines, pero ni se molesta en disculparse. Su corazón va a mil por hora y siente que necesita aire más que nada en el mundo. Cuando llega a la calle se da cuenta de que al final no ha cogido las llaves del coche, pero le da igual. Ni muerto piensa volver ahí.

Solo de imaginar lo que Roy estará haciendo con ese desconocido ahora mismo le pone el estómago del revés y hace que se su polla pulse más desesperada. ¡Qué cojones! No puede negar que una gran

parte de él desearía ser el desconocido que le estaba comiendo el culo a Roy de esa manera. Pero eso no puede ser. De ninguna manera. Él no está para esas cosas. Su carrera tiene que ser la prioridad.

Mientras camina hasta su casa, sin dejar de darle vueltas a lo que acaba de pasar, por lo menos consigue que se le baje un poco el calentón. No quiere ni pensar en la cara que va a poner cuando vea mañana al cantante en los camerinos.

CAPÍTULO 6

—Venga Miguelón ¿qué te da miedo? —Roy Arnold le susurra al oído mientras sus manos le acarician el cuello. El cómico no puede evitar que se le ponga toda la carne de gallina.

—No me da miedo nada. —consigue murmurar pese a que tiene la boca totalmente seca.

—Sé que quieres hacerme lo que ese tío me estaba haciendo. ¿Quieres que te ponga el culo en la cara Miguel? —el cantante se muerde el labio inferior de forma sensual mientras acerca su rostro al de él —Estoy seguro de que te encantaría.

—Yo… —empieza Miguel, pero tiene la mente totalmente en blanco. El cantante sonríe y le acaricia los labios con las yemas de los dedos. Sorprendido, el cómico abre la boca y el chico rubio le introduce despacio el dedo índice, obligándole a que se lo chupe. Después lo saca y lo chupa él mismo con deleite.

—Joder Miguel —suspira mientras lo hace — no sabes lo caliente que me pones.

La polla de Miguel se despierta sobresaltada ante esta revelación y empieza a pulsar con fuerza contra los vaqueros de su dueño.

—Quiero lamerte de arriba a abajo —susurra Roy con los ojos encendidos por la pasión y su pelo rubio enmarcándole el rostro de manera que le da un aire salvaje. No lleva ni rastro del maquillaje que utiliza en las actuaciones, tan solo su piel limpia y bronceada. Huele a sexo salvaje y desesperado y Miguel desea besarle tanto…

Él le mira como si le estuviese retando a que lo haga y, cuando Roy saca la lengua y se lame los labios de manera obscena, mirándole directamente a los ojos, Miguel no puede tolerarlo más. Agarra al cantante por las mejillas y lo atrae hacia él, presionando sus labios en un beso feroz, salvaje, desproporcionado.

Ambos hombres gimen por la sorpresa y el ardor del momento y abren sus bocas para profundizar el beso aún más. El beso se convierte en una batalla campal en la que las lenguas tienen todo el

protagonismo acariciándose, rozándose y peleando juntas en una danza que no se detiene hasta que necesitan separarse para coger aire.

—¡Guau! —suspira Miguel.

—Sabia que eras uno de esos —sonríe Roy —. Voy a hacerte disfrutar como nunca has disfrutado en tu vida. Es esto lo que quieres ¿no es cierto? —pregunta, cogiendo una de las manos de Miguel y poniéndolas en su trasero. Miguel puede notar cómo de tonificado duro es ese culo y su entrepierna se agita con mayor desesperación.

—Sí… —susurra.

—Quiero ver como me deseas. —ordena el chico del perfecto pelo rubio mientras se da la vuelta. Se apoya coqueto en una mesa y se baja los pantalones y los calzoncillos. Miguel se queda sin aire al ver ese culo perfecto y no sabe qué hacer.

—Demuéstramelo Miguel. Enseñame cuánto quieres este culo. —gime Roy con un mohín mientras se abre las nalgas para enseñarle mejor su perfecto culo joven y delicioso. Miguel quiere meter la cara ahí y no sacarla nunca. Sí, eso es lo que debe hacer para demostrárselo. Eso y…

PI, PI, PI, PIIII

Miguel abre los ojos sobresaltado mira alrededor. No hay ni rastro de Roy. Tarda todavía unos segundos en comprender que está en su casa y que todo ha sido un sueño, una fantasía. Lo que sí es muy real es que su polla sigue durísima y ansiosa por un poco de alivio.

Hunde la cara en la almohada y aprieta con fuerza hasta notar que se queda sin aire. ¡Mierda, mierda y mierda! ¿Qué cojones le está pasando? ¿A qué vienen esos sueños? ¿Por qué la escena de Roy con el tipo ese le ha afectado tanto? Vale que no se lo esperaba, pero en la cabeza de Miguel una regla está clara: cada uno que haga lo que le dé la gana. Él necesita estar concentrado, fuerte, focalizado en su carrera. El tipo de tonterías que rodea a Roy Arnold, su maquillaje, sus amantes, sus excesos, solo distraen, entorpece. Y ahí es cuando empiezan los problemas.

Sin embargo, y por mucho que intente racionalizarlo, la realidad es que su erección no tiene intención de desaparecer así como así. Con fastidio, se baja el pijama y los calzoncillos y empieza a masturbarse con fiereza arriba y abajo. Su cabeza no puede dejar de pensar en Roy

Arnold poniendo los ojos en blanco mientras un extraño le come el culo en el camerino y de fantasear con que sea su cara la que está enterrada entre las perfectas nalgas del cantante. No es que quiera hacerlo, simplemente, no puede evitarlo.

Cuando eyacula y su semen baña las sábanas grises, deja escapar un gemido agónico. Enfadado consigo mismo por su debilidad y su falta de contención, se mete en la ducha y pone el agua lo más fría posible.

CAPÍTULO 7

—De verdad tío, no sé que te pasa. Estás todavía más raro de lo habitual.

—No sé por qué lo dices. Yo estoy normalísimo. —dice Miguel mientras rehace de manera obsesiva las bromas del guión por enésima vez. Cualquier cosa para intentar no pensar en la noche anterior.

—Buenos días —saluda Roy entrando por la puerta. "Esto no ayuda nada" piensa el cómico quien, no obstante, intenta mantener una cara neutra y no fijarse en el culazo que le hacen a Arnold esos pantalones ajustados que lleva hoy. "Serenidad Miguelón" se anima a sí mismo.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —pregunta con un tono que pretende ser casual, pero le sale bastante borde. David le lanza una mirada para que se controle.

—Tengo ensayo con mi grupo de baile —dice el cantante con voz alegre, soltando la bolsa de deporte que lleva colgada al hombro. Miguel asiente y vuelve a su guión sin decir nada.

—Bueno, yo bajo a la recepción que he quedado con Vanesa para la entrevista. —dice David cogiendo sus cosas.

"¡No me dejes aquí con él!" grita desesperada la voz dentro de la cabeza de Miguel.

—Voy contigo —exclama Miguel intentando que no se le note el pánico en la voz.

David le mira raro porque su compañero odia las entrevistas con todas sus fuerzas. Es un maestro en escaquearse de ellas y no entiende ese repentino interés.

—Ni hablar —le dice —No te soporta.

—Me pregunto por qué. Si es una monada. —sonríe Roy guiñándole un ojo. Miguel siente cómo se pone rojo pero intenta que no se le note.

—Me da igual. Además, es una de las pocas oportunidades que tengo de estar a solas con ella. Entiéndelo macho.

Miguel asiente y se revuelve incómodo en el asiento. Por supuesto que lo entiende. Pero no quiere quedarse a solas en ese camerino con Roy Arnold. Y menos después de haber visto como le… y haber soñado luego que… Nota que le falta el aire y empieza a tramar maneras de salir de ahí sin ser demasiado obvio.

—Tranquilo, yo te lo cuido —afirma Roy señalando a Miguel, que se esfuerza por no apartar la vista de las hojas del guión —¿Quién es la chica? ¿Una periodista buenorra? —pregunta Roy alzando una ceja.

—Una periodista buenorra, lista, alta, simpática… y que no me hace ni caso.

—Un día me invitas a una cerveza y te doy algunos consejos. Pareces desesperado y eso no atrae a ninguna tía que merezca la pena.

—¿Yo parezco desesperado? —David se queda a cuadros y hasta Miguel levanta la vista de sus guiones con curiosidad.

—Pues claro. Eres un cómico de éxito. Deberías hacerte de rogar un poco. Darle una de cal y otra de arena. No estar encima de ella todo el rato.

—¿No debo hacer caso a la mujer de mi vida? ¿Qué clase de consejo es ese?

—Claro que debes hacerla caso, simplemente no todo el rato. No la atosigues ni la llames todos los días. No mola. Por ejemplo, a mi me encanta tener un perrito faldero que haga todo lo que yo le diga. Pero en la cama. Fuera de ella me atraen más los tíos que van de duros, aunque yo sepa que es todo fachada. —Miguel nota cómo le lanza una rápida mirada a través del espejo y se pone rojo sin remedio. De tapa disimuladamente con una de las carpetas para que los otros no lo noten. Pero Roy se ha dado perfecta cuenta y David, desconcertado por las nuevas revelaciones, no le está haciendo ni caso.

—Una de cal y otra de arena. Eso me lo tienes que explicar mejor Roy. Creo que estoy haciendo el capullo.

—Cuando quieras —sonríe el cantante.

—Me voy que llego tarde.

—Pero ¿qué te acabo de decir? ¡Hazla esperar un poco!

—Sí. Hacerla esperar. Bueno, pues me voy a ir, pero voy a bajar las escaleras muy despacio. Que se entere de que no voy a ir siempre corriendo a buscarla. —dice el otro saliendo del camerino y cerrando la puerta tras de sí. Roy se da la vuelta y sonríe a Miguel.

—Es un caso tu amigo ¿eh?

El cómico se encoge de hombros y no dice nada.

—Oye de lo de anoche…

La espalda de Miguel se tensa al escucharle. No quiere sacar ese tema.

—Anoche no pasó nada. Yo no vi nada, no escuché nada y no sé nada. —dice, intentando mantener la calma. Le sale bastante regular y Roy se ríe a echando la cabeza para atrás en una mueca encantadora. Miguel se vuelve a encontrar a sí mismo mirándole embobado.

—Claro que viste, no me vengas con esas. Viste y…—medita un segundo sus palabras y se acerca a Miguel. Se agacha para ponerse a su altura — Y te gustó lo que viste. Y a mí me gustó que lo vieras.

Miguel se pone rojo como un tomate y no sabe qué decir. Siente que está hiperventilando y se levanta de la silla.

—Yo no…—balbucea.

—Venga, grandullón. Yo también te vi ¿recuerdas? No me quitabas los ojos de encima. Estabas muy excitado. Me puso mucho verte así.

Las palabras de Roy impactan directamente en la polla de Miguel y el cómico nota cómo se le empieza a poner dura. Reza todo lo que sabe para no tener una segunda erección delante de Roy Anderson, pero este no se lo va a poner fácil. Avanzando un paso, se coloca muy cerca de él. Demasiado cerca. Le mira a los ojos y duda un poco antes de ponerle una mano en el pecho. Miguel siente todo el calor que emana de ese hombre y piensa que va a estallar.

—Si tú quieres… podríamos repetirlo alguna noche de estas —dice Roy y el otro se sorprende porque por primera vez el cantante parece

tímido. Casi vulnerable.

—Yo… Yo… —balbucea el cómico. —Yo no soy uno de tus amiguitos a los que puedes follarte cuando te venga en gana. —dice finalmente y, según sus palabras salen de su boca, se arrepiente de decirlas.

Roy da un paso atrás y aparta la mano de su pecho como si le quemase. Miguel habría deseado que la dejase allí, pero ya no hay vuelta atrás.

—¿Cómo dices? —le espeta con voz dolida.

—Yo soy un profesional Roy. Entiendo que tú eres muy joven y de la noche a la mañana eres una estrella y los tíos se lanzan a tu cuello para que te los folles en los camerinos. Y está bien. Pero no cuentes conmigo para chuparte la polla aquí mismo.

—Yo no pretendía que… No es como que me acueste con todos.

—¿Ah no? ¿Y quién era el tío de anoche? ¿Le conocías desde hacía más de media hora? —Miguel sabe que no tiene derecho a insinuar esas cosas de Roy, pero se siente atrapado y celoso y las palabras salen sin control de su boca. El cantante le mira indignado.

—Yo, por lo menos, no soy un reprimido de mierda como tú, que se pone cachondo viendo a otros follar lo que no ha podido follarse él.

Miguel nota la furia subiendo por su garganta, a pesar de que lo que dice tiene mucho de cierto.

— Mira, chaval. Sé que para ti la vida parece un carnaval constante, pero a mí me ha costado mucho llegar hasta aquí. Eso no es ser un reprimido, aunque un putito como tu no sea capaz de verlo. Mi carrera es lo más importante y nada ni nadie debe interponerse.

Roy le mira ahora con una mezcla de pena e indignación infinita. Muy diferente a cómo le miraba hace apenas unos minutos. Levantando la cabeza con aire orgulloso toma aire antes de decir.

—Entendido. Me ha quedado clarísimo. Disculpa haberte puesto en una situación comprometida, no era mi intención ofenderte. —dice cuando y sale del camerino dando un portazo. Deja atrás a Miguel que hacia años que no tenía tantas ganas de llorar.

CAPÍTULO 8

—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando? —David grita y gesticula enfadado como hacía tiempo que no le veía.

En su mano blande la botella de whisky que Miguel se ha bebido casi entera. Miguel quiere contestar algo con un mínimo de sentido pero nota la lengua gorda y de su boca no salen más que balbuceos incoherentes.

—Tenemos una actuación en menos de una hora y hemos vendido más localidades que ningún otro día. La prensa está ahí fuera; ¡Vanesa está ahí fuera! Así que no vamos a cancelar porque tú seas un insensato que ha decidido pasarse de parrandero. —furioso coge una toalla de un armario y se la tira a la cara. Miguel la coge a duras penas. —Ve a darte una ducha ahora mismo y, cuando vuelvas, más te vale estar en condiciones de salir a escena.

David es un hombre que se enfada en muy contadas ocasiones pero, cuando lo hace, da verdadero miedo. Sin atreverse a llevarle la contraría Miguel recoge la toalla y se va por el pasillo arrastrando los pies y haciendo eses.

Cuando abre la puerta de los vestuarios y a pesar de que tiene la vista borrosa, en uno de los bancos metálicos hay una bolsa de deporte.. SU bolsa de deporte. Agudiza el oído y escucha correr el agua de las duchas. Sin quitarse siquiera los zapatos, se asoma dentro.

Roy Arnold está en la ducha, de espaldas, con el agua cayéndole por todas partes. Precioso. Perfecto. Miguel no puede evitar que sus ojos bajen desde sus brazos, por su torneada espalda y lleguen a esas dos nalgas de acero que le vuelven loco. Una vez más, se queda ahí, vestido, borracho y embobado ante esa visón que se enjabona el cuerpo delante de él y que no tiene muy claro si es real o no.

La visión se da la vuelta y parece que, siguiéndole el juego, enmudece. Roy Arnold se queda debajo de la ducha mirándole atónito. Visto desde fuera Miguel piensa que tiene que ser un cuadro. Está tan borracho que no confía en poder mantenerse en pie solo, por lo que se agarra a los azulejos, que parecen moverse traidores bajo su mano. Las gafas se le han empañado con los vapores de la ducha y está totalmente vestido. El cantante sacude la cabeza como intentando

que su cabeza admita lo que está viendo y habla:

—¿Qué haces?

—Yo… balbucea Miguel —David me ha mandado pero yo… quería… quería pedirte perdón —dice finalmente. Cuando lo suelta, siente como si se hubiese quitado un peso de encima y se cae de lado. Se tiene que apoyar con toda la espalda en la pared para mantenerse medianamente erguido.

—¿Estás borracho? —pregunta Roy estupefacto.
Miguel se limita a asentir con los ojos cerrados y expresión bobalicona.

—¡Ay por favor qué hombre! —exclama el chico adelantándose y cogiéndole del brazo. Sin molestarse en ponerse nada de ropa lo saca a la antesala del vestuario. —A ver, levanta los brazos —le indica.

Él obedece sin entender qué pretende el otro. De un solo movimiento, Roy le quita la camiseta. Miguel no recuerda la última vez que estuvo sin camiseta delante de alguien que no fuese David e, instintivamente, intenta disimular su flácido abdomen.

—¿Estás metiendo tripa? —se burla Roy —Vamos, respira normal, a ver si en vez de por la borrachera te vas a desmayar por falta de aire.

Miguel respira hondo y su tripa reaparece. Aún estando borracho le da un poco de vergüenza, pero Roy lo mira con una sonrisa.

—Eso está mucho mejor . Buen chico.—dice, palmeándole la panza.

—Antes no quería decir que follases con cualquiera —dice Miguel y hasta él se da cuenta de lo rara que suena su voz con alcohol en sangre —Quiero decir que es normal. Con ese cuerpo… —se queda mirando los pectorales del chico que tiene enfrente, perfectamente definidos y decorados con una fina capa de vello rubio. Nada que ver con los suyos. Sin saber por qué Miguel siente deseos de besarlos sin parar.

—No pasa nada —dice Roy intentando cambiar de tema.

—Sí me gustó lo que vi —continúa Sergio, a quien parece que

ahora le han dado cuerda. —Y después soñé contigo. Te follaba mucho. Muchas veces. Pero muchas muchas ¿eh? —confiesa con esa falta de pudor que da el alcohol. El cantautor no puede evitar reírse.

—¿Ah sí? ¿Y me gustaba? —con decisión baja las manos hasta los vaqueros de Miguel y empieza a desabrochárselos. La sola idea de que Roy le esté desnudando es suficiente para que Miguel tenga una media erección, que sería completa si no fuese porque está como una cuba.

—Sí —responde Miguel, recordando la cara de placer que ponía Roy en el sueño. Las imágenes bailan en su cabeza y hacen que su polla pulse más fuerte. Y más todavía cuando Roy mete sus dedos entre la goma de los calzoncillos y empieza bajárselos con lo que a Miguel le parece una premeditada lentitud. Si el chico nota el efecto que está teniendo en el cuerpo del otro, que seguro que lo nota, no hace ninguna mención sobre ello. Simplemente le baja a ropa interior liberando esa polla semierecta y, de un empujón, lo obliga a sentarse en el banco.

Se arrodilla frente a él y Miguel se imagina que va a cogerle la polla y metérsela bien en la boca. Sin embargo, simplemente le quita los zapatos, los calcetines y se deshace de los tejanos y la ropa interior. Totalmente desnudo, Miguel se deja conducir de nuevo a la ducha y Roy le coloca debajo de uno de los grifos.

—Lo siento —dice el cantante accionando un botón. Al momento, un chorro de agua congelada ataca sin piedad a Miguel que suelta un grito despavorido.

—¡Cojones! ¡Traidor! —grita ante un Roy que se retuerce de la risa.

—¿A que ya estás más despejado? —le dice el chico secándose las lagrimas de los ojos — Además, te la debía por lo de antes. Ahora sí que estamos en paz.

—¡Casi me matas de una hipotermia! —protesta indignado Miguel que, no obstante, nota cómo el agua fría lo espabila y vuelve a ser él mismo.

—Anda, no exageres. No es para tanto. Lo mejor ha sido tu cara — vuelve a reírse con ganas y coge su esponja del rincón. Vuelve a calibrar el agua, esta vez caliente, y con un gesto delicado en la espalda de Miguel le indica que vuelva a meterse bajo el agua.

El cómico obedece inseguro y todavía se siente más fuera de lugar cuando Roy empieza a lavarlo con una paciencia infinita. Le pasa delicadamente la esponja por los hombros, la espalda… Evita conscientemente las nalgas y, dándole la vuelta, le enjabona también el pecho.

Aunque lo hace con la esponja, Miguel siente como si fuesen las propias manos del chico las que le acarician con delicadeza y su pulso empieza a acelerarse. Roy lo nota y, a pesar de lo que se había prometido a sí mismo, no puede evitar deslizar la esponja hacia atrás y recrearse en las nalgas del cómico.

Este nota como un cosquilleo le recorre la columna vertebral y su polla reacciona de inmediato. Ahora sí que está completamente erecta, durísima y necesitada. Roy mira esa polla que le señala directamente a él y se muerde el labio deseando probar su sabor. No es de piedra y su propio miembro empieza a despertarse, por lo que decide cortar por lo sano.

—Mira, estás borracho. No creo que estés en condiciones de hacer nada —vuelve a mirar a ese falo que le indica lo contrario —pero aunque lo estuvieras, no es lo correcto. No quiero que pienses que me he aprovechado de ti.

—Yo nunca pensaría eso —murmura Miguel.

—Ya, bueno… es mejor que me vaya. —dice Roy y Miguel le mira con una cara de perrito abandonado que le parte el corazón. —Si mañana, cuando te despiertes y se te pase la jaqueca quieres llamarme, me puedo encargar de eso. —dice señalándole a la pitón ansiosa que tiene delante.

Miguel no quiere que se vaya, pero no se le ocurre nada que decir para retenerlo así que se encoge de hombros con resignación. Roy Arnold mira por última vez a esa polla que desea que sea suya y abandona los vestuarios.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente, Miguel no es ni persona ni humano. El número de anoche salio sorprendentemente bien, para sorpresa de David y de él mismo. Sin embargo en cuanto llegó a casa cayó redondo en la cama y hoy se ha despertado con una resaca monumental. Se alegra infinito de no tener que ir a trabajar hoy. Las escenas de la ducha del día anterior le provocan confusión ¿pasó de verdad? ¿Debería llamarle?

Por suerte, hoy hay alguien que decide por él. Su teléfono móvil suena y Miguel se emociona tanto pensando que pueda ser Roy que casi se cae de la cama. Descuelga sin mirar ni la pantalla.

—¿Sí? —pregunta eufórico.

—¿Miguel? Soy Eva, del teatro. Tenemos un problema.

◆◆◆

—¿Y qué se puede hacer? —pregunta Miguel confundido a la muchacha morena que tiene enfrente.

—Pues no sé, pero algo tenemos que hacer o mañana no podréis actuar. Debe ser alguno de los motores de la plataforma de escena. Ayúdame a ver si entre los dos identificamos dónde está la avería. —dice la técnico del teatro mientras deja en el suelo una pesada caja de herramientas.

—¿No debería haber especialistas solucionando esto?

—Si claro. En un teatro, en España y para tu función. Fíjate que tengo un equipo de veinte expertos en la materia, pero chico, a todos los venía mal venir —ironiza la chica — Por eso te he llamado a ti.

—Muy graciosa. Ya sé que estamos cortos de personal pero alguien habrá. ¡Yo soy cómico! ¿Por qué solo me llamas a mí?

—No te creas tan especial. He llamado también a tu otra mitad pero no me coge el teléfono.

—Déjale, a ver si va a haber ligado y le estropeas la cita.

—¿Todavía anda detrás de la periodista? —pregunta Eva.

—Todavía —suspira Miguel —Además, si yo no sé que hacer, él menos. Así que dime cómo te ayudo.

—Métete ahí —Eva señala un hueco en un lateral del escenario — Voy a intentar accionar la plataforma y tú dime si todos los spiralifts funcionan.

—¿Los qué? —se asusta Miguel.

—¡Que me digas si algo hace un ruido raro! —rita la técnica mientras desaparece por una bambalina lateral.

—¡La madre que me pario! —resopla el cómico mientras se mete en el hueco señalado. Desde ahí tiene una vista privilegiada de toda la parte baja del escenario, pero a una distancia prudencial de la maquinaria. El chico se queda admirando todo el engranaje de cables, muelles y motores que hacen posible que, cada noche, el se suba a ese escenario a contar chistes. Le parece íntimamente hermoso.

—Espero que no estés intentando huir de mí escondiéndote debajo del escenario. Sería muy triste. —una voz conocida sobresalta a Miguel que, al levantarse, se da con el techo del cubículo enano en el que está metido. Escucha el roce contra el suelo y, pocos segundos más tarde, la rubia cabellera de Roy Arnold aparece en el cubículo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le pregunta sorprendido pero con una gran sonrisa.

Miguel solo puede pensar que ese espacio es demasiado estrecho para dos cuerpos. Especialmente si el de Roy emana ese calor embriagador y huele tan asquerosamente bien. Solo de tenerle tan cerca, tumbado en el suelo con él, se le pone la carne de gallina.

—La plataforma de escena no va —es lo único que puede decir. Nota la boca seca y sospecha que Roy sabe cómo de acelerado le late el corazón.

Por suerte unos ruidos en la maquinaria les distraen mientras Eva trata de poner todo en marcha. Roy observa atentamente y después, sacando la cabeza por el hueco grita —¡Es el spiralift 3 el que va mal Eva!

—¿Seguro? —se oye a la chica gritar a su vez.

—¡Sí! ¿Quieres que le diga a Antonio que baje a echar un vistazo? Estaba aparcando cuando yo he llegado.

—¡Genial! ¡Gracias! —contesta la técnico.

Roy sonríe y vuelve a meterse en el hueco donde Miguel sigue sin salir.

—Crisis solucionada —sonríe Roy —Algo debe haberlo atascado. Debería estar solucionado por la mañana. Podréis actuar.

—Gracias —musita Miguel. —¿Cómo sabías todo eso de la maquinaria?

Roy se ríe y, a pesar de estar en ese hueco oscuro, Miguel puede ver cómo sus ojos brillan cuando lo hace. Se acerca todavía más a él y le susurra bajito, como si le estuviese contando un gran secreto:

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste básicamente que era un niñato al que el éxito le había llegado de la noche a la mañana?

—Yo no dije exactamente —empieza Miguel con tono de disculpa.

—¿Te acuerdas o no? —le interrumpe Roy.

—Si —suspira el otro.

—Vale. Pues lo que no sabías es que antes de presentarme y ganar ese concurso de la tele por el que me conoce todo el mundo, yo trabajaba en el teatro de mi pueblo. Era técnico. Estuve muchos años. El dueño me dejaba dar pequeños conciertos los días que no había función. Pequeños porque casi estábamos más gente sobre el escenario que en el patio de butacas. Ahí empecé a componer.

Miguel le mira impresionado.

—¡Vaya! —consigue decir.

—Para que veas —Roy le guiña un ojo pícaro. —Y ahora, volviendo a temas más actuales, ¿tenías pensado llamarme o no?

—Yo… bueno, esta mañana tenía resaca... y luego…. Me llamó Eva y así, pero…

—¿Sabes que estás muy mono cuando te pones nervioso? —le pregunta Roy de manera seductora acercando sus labios a la boca de Miguel, que siente que se queda sin aire.

—Es que tú… me pones un poco… nervioso —murmura Miguel con tono de disculpa.

—Nervioso no. Te pongo y punto. Porque como me ponga a jugar un poco por aquí... —le acaricia el pecho dibujando círculos sobre la ropa y va bajando lentamente hacia su estómago —Estoy seguro de que consigo que salgas de aquí empalmado. —

Miguel no responde, pero tampoco tiene ninguna duda, porque entre la estrechez del sitio ese, la mano de Roy tocándole y esos ojos de niño malo que tiene, ya empieza a notar el recurrente hormigueo en la entrepierna.

—Tienes que relajarte Miguel —le dice el cantante —Con la tensión que tienes acumulada no me extraña que no te salgan nuevos chistes. Tienes que fuir más.

Roy acerca su cara lentamente a la de Miguel y este no sabe qué hacer. ¡Por el amor de Dios, están debajo del escenario! Hay operarios y personal del teatro por todas partes. ¡Pero Roy huele tan bien! Y esos labios suyos tan carnosos y perfectos… tiene que ser increíble besarlo.

Roy se acerca lentamente y abre un poco su boca para besarlo. Y Miguel lo desea. Desea que lo bese por todo el cuerpo. Más que nada en el mundo. Pero el pánico actúa por él y le aparta de un empujón.

_¡Ay! —exclama el cantante al golpearse con una de las paredes del zulo. Con gesto de dolor levanta la mano y Miguel puede ver un hilo de sangre abundante que se la tiñe de rojo.

—¡Ostia! —exclama —Yo… perdona.

Roy no le escucha. Está examinando el suelo de la esquina donde Miguel lo ha empujado con el ceño fruncido. Finalmente, con la otra mano levanta un objeto metálico.

—¡La madre que me parió! —exclama el chico cuando lo pone a la luz. Un cúter abierto.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hacéis ahí dentro todavía?—Eva se asoma al agujero y ayuda a los dos chicos a salir. Roy mete la mano

ensangrentada bajo la axila del otro brazo para contener la hemorragia y le enseña el cúter a la técnico.

—Alguien debió dejárselo olvidado.

—¡Vamos, no me jodas! —exclama ella —Roy tío, lo siento. No sé quien ha podido ser.

—¡Hay que tener más cuidado hombre! —dice Miguel.

—Tú cállate que también has tenido algo que ver ¿eh guapo? —le espeta el cantautor.

—Déjanos ver la herida. —pide Eva. Cuando Roy les enseña la mano Miguel casi se desmaya del susto. Está sangrando un montón. Eva también parece preocupada.

—¿Te duele mucho? —pregunta.

Roy se encoge de hombros con una sonrisa.

—Cinco sobre siete.

—Hay que llevarte al hospital. —dice.

—Yo le llevo. Tengo el coche aparcado atrás. —se ofrece Miguel —Pero ¡por favor! Tápate esa mano. No puedo con la sangre.

Roy se ríe y hace amago de tocarle la cara con ella.

—¡Cuidado que salpico!

CAPÍTULO 10

Tres horas mas tarde, los dos chicos están de vuelta en el apartamento del cantante. Miguel ha insistido en acompañarle a pesar de que el otro ha asegurado estar perfectamente. Al chico le gusta su compañía, así que tampoco ha insistido mucho en volver solo. Se examina atentamente la mano que le han vendado en el hospital.

—¿Cuantos metros de venda habrán usado para esto? ¡La chica parecía no acabar nunca de ponerla!

Miguel intenta sonreír, pero está preocupado.

—Roy… en serio ¿te duele mucho?

—¡Que no hombre que no? Me duele un poco si intento hacer algún gesto brusco, pero estoy bien. Deja de preocuparte.

Miguel le tiende una bolsa de papel roja que lleva en la mano.

—Es para ti. Te lo compré en la tienda del hospital, mientras te hacían la cura.

Roy alza las cejas con sorpresa y abre la bolsa. Sonríe al ver qué hay dentro y saca el regalo. Un osito de peluche rockero con gafas de sol y una chupa de cuero parecida a la que lleva él en los conciertos. El oso sujeta un corazón que dice “Mejórate”.

—Es mi forma de pedirte perdón. —explica Miguel —Por todo. Por lo que te dije ayer, por lo de hoy.

—Que me haya cortado no ha sido culpa tuya.

—De hecho, un poco sí. No quería empujarte. Y lo siento ¿vale? Solo quería que lo supieras.

—Eres, sin duda, el chico más adorable con el que me he topado nunca. —dice Roy con una amplia sonrisa y el peluche en la mano. Miguel, poco acostumbrado a los halagos, se pone rojo. Aunque no lo dice, piensa que Roy es especialista en provocarle dos cosas: arrobo y erecciones.

—¿Sabes? —continua Roy —Si estabas esperando a darme el oso y soltar ese bonito discurso para besarme, ahora es el momento.

—¿Qué? —Miguel se ríe azorado —No iba a besarte. —dice, sin saber si eso es verdad o no.

—¡Ay por favor! —exclama Roy alzando los ojos al cielo como pidiendo paciencia y, avanzando hacia él, lo empotra contra la puerta del apartamento. Miguel está a punto de protestar cuando se encuentra con los labios de Roy sobre los suyos y no puede hacer nada para resistirse.

Rindiéndose a todo, el cómico cierra los ojos y se deja llevar, mientras Roy Arnold lo besa con pasión desmedida. Le sujeta la cara con una mano mientras que la otra, la vendada, la apoya en la cadera del chico.

Miguel, atontado de deseo, separa los labios y gira el cuello, para que el chico pueda tener un mejor acceso a su boca. Arnold le introduce la lengua despacio, saboreándole y dejándole espacio también por si quiere frenar. Pero no piensa hacerlo.

Agarrando al cantante por la nuca, le atrae todavía más hacia el y le devuelve el beso de manera hambrienta. Sus lenguas chocan, bailan, se lamen, se acarician, mientras las manos de Roy están por todo su cuerpo. El cómico le ofrece el cuello y Roy lo besa y lo lame despacio, de arriba a abajo. Miguel jadea fantaseando que el cantante haga eso mismo en breve con su polla.

Roy se imagina lo que el otro está pensando y sonríe contra su cuello mientras al otro se le acelera la respiración de una forma que es música para sus oídos.

El cantante solo necesita la mano que tiene disponible para desabrocharle la camisa y lanzarse a lamer sus pezones. Muerde uno de ellos hasta arrancarle un gemido agónico al cómico, qué se lleva las manos a la cabeza porque no sabe qué hacer con ellas. Roy continua besando y lamiendo el pecho frondoso de Miguel y va bajando hasta los vaqueros del chico.

Se arrodilla en el suelo y mira para arriba con una expresión lujuriosa que le deja al otro sin aliento. Después, con deliberada lentitud, le desabrocha el botón y le van bajando la cremallera. Miguel suelta un jadeo de frustración que provoca la risa del otro.

—Seguro que estás ansioso por que me meta tu polla en la boca.

¿No es así? —sonríe burlón.

—Sí —bufa Miguel de manera lastimosa.

—¿Vas a ser bueno y obediente esta noche Miguel? ¿Vas a hacer todo lo que yo te diga?

—¡Sí! —gime el otro. Está tan cachondo y desesperado que diría lo que fuera por conseguir que Roy le proporcionase un poco de alivio.

—¿Y cómo piden los niños buenos ese tipo de favores Miguel?

—Por favor —suplica el cómico.

—Por favor ¿qué más?

—Por favor Roy, por favor cómeme la polla.

El cantante sonríe complacido.

—Muy bien. Así se hace —dice mientras le baja de un tirón los pantalones. Acaricia el enorme bulto de la entrepierna de Miguel por encima de los calzoncillos mientras se relame. Después le quita la ropa interior como quien desenvuelve un regalo muy gozoso y sonríe al encontrarse la polla de Miguel roja, necesitada y decidida.

Le da un goloso lametón de abajo a arriba y lo termina dibujando un par de círculos en el glande de Miguel que le hacen chillar de gozo. Después juega con sus testículos metiéndoselos en la boca, primero uno y luego el otro, dejándolos bien mojados antes de volver a concentrarse en el falo.

Roy está acostumbrado, sabe como comerse bien una polla y hacerle ver estrellas al otro. En esta ocasión se esfuerza al máximo, chupando y tragando con fruición, sin casi respirar. Cuando se lo mete en la boca hace desaparecer más de la mitad del miembro dentro suyo. Miguel, con las rodillas temblando, mira hacia abajo y sus ojos se encuentran con los de Roy, que le retan mientras su polla entra y sale de su garganta. Miguel sabe que, como el chico siga así, se va a correr sin remedio. Por eso le hace un gesto para que se detenga.

—¿Qué pasa? —le pregunta el otro poniéndose en pie y besándole en la boca. Miguel se reconoce en el sabor d ella lengua de Roy y se pone todavía más cachondo. Se obliga a respirar hondo para retrasar

su inminente orgasmo.

—No quiero acabar todavía —explica.

—¿No? ¿Quieres follarme el culo antes? —le pregunta con la voz ronca por la excitación.

A Miguel le da vergüenza hablar de sexo tan abiertamente y se pone un poco rojo mientras asiente tímidamente. Roy le ayuda a quitarse la ropa que le quedaba y, agarrándole de la mano, le lleva al dormitorio, donde le tumba en la cama. Se sube a horcajadas encima suyo y el cómico no sabe bien qué hacer. Solo sabe que el cantante tiene todavía mucha ropa encima.

Con las manos temblorosas por los nervios, le intenta quitar la camiseta pero, sin querer, le hace daño en la mano. La cara de Roy dibuja una mueca de dolor y el cómico se detiene en el acto.

—Perdona —se disculpa.

Roy le dedica una mirada encendida y le atrae de nuevo hacia él.

—No te he dicho que pares —murmura contra sus labios.

Con cuidado, Miguel desnuda al cantante. Cuando le quita los calzoncillos y vuelve a ver esa magnífica polla, se vuelve a poner muy nervioso. Nunca había tenido una tan cerca. No en ese contexto, al menos.

—Perdona si estoy un poco nervioso. Yo nunca había estado así con un hombre. —explica.

Roy le acaricia los lóbulos de las orejas y el cuello, poniéndole la carne de gallina.

—Tranquilo. Yo te voy a decir qué hacer. Y tú, me vas a obedecer sin rechistar. —se inclina sobre él y le susurra al oído —Si te portas bien, voy a hacer que te corras tanto que mañana no te vas a poder ni mover.

Miguel agarra las nalgas del chico y, en un gesto instintivo, lo atrae hacia él. Se abrazan fuerte y Roy se mueve un poco, de manera que sus pollas se toquen y hagan una fricción deliciosa que le hace soltar a Miguel un gemido vergonzoso. Satisfecho, el cantante se

separa y se pone a cuatro patas sobre la cama.

—Cómeme el culo Miguel —le ordena — Viste como lo hacía ese otro tío. Sabes lo que me gusta.

Inseguro pero muy caliente, Miguel se coloca detrás de Roy y le abre las nalgas con sus manos temblorosas. Le chupa tímidamente y el cantante suelta un jadeo, lo que el chico interpreta como un buen primer paso. Animado por su éxito, le dedica lametones más seguros y constantes, dejándole la raja bien mojada. Roy le anima con sus gemidos y el cómico puede sentir cómo le tiemblan las piernas con sus atenciones. Dibuja círculos con su lengua en la entrada del otro y, en un momento dado, le introduce la punta de la lengua. Roy, sorprendido, suelta un chillido.

—¡Así bebé! Lo estás haciendo genial. ¡No pares! —gime.

Miguel no piensa parar. Su polla le duele a horrores, clamando por un poco de alivio. Pero ver cómo el cuerpo de Roy se retuerce cuando lo chupa, cómo su espalda se arquea y el grita toda clase de obscenidades es mucho más placentero. Así que, en lugar de tocarse él, Miguel alarga una mano y empieza a masturbar a su compañero sin dejar de follarle el culo con la lengua. Los gritos de Roy se oyen por todo el apartamento y Miguel está seguro de que sus vecinos deben saber ya que tiene compañía, pero al chico parece no importarle.

—¿Te gusta lo que me estás haciendo Miguel? ¿Te gusta comerme el culo?

El cómico gime en señal de asentimiento, con la cara enterrada entre las nalgas del otro. Roy sonríe.

—Sabía que eras un maldito pervertido. ¡Dios qué bien se te da esto!

Exultante por las palabras del cantautor, Miguel se anima y decide ir un paso más allá. Se chupa el dedo índice y lo introduce despacio por el culo del otro, que grita en señal de aprobación.

—¡Joder! ¡Sí! Buen chico. Sigue. —jadea Roy.

—No te estoy haciendo daño ¿verdad? —pregunta Miguel cohibido. El otro ríe.

—Cariño, me tienes tan cachondo que tendrás suerte si consigues tocarme los laterales.

Miguel sonríe también y decide incluir un segundo dedo en el juego. Con el beneplácito de Roy, empieza a follarle el culo con los dedos y a curvarlos dentro suyo, regalándoles toneladas de placer. Roy está en éxtasis, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco y Miguel piensa que nunca ha visto nada tan hermoso.

—¡Fóllame ya Miguel! Estoy listo —gime el cantante, que no quiere correrse sin haber probado esa pitón antes.

Miguel coge un preservativo que le tiende el chico y se lo pone con manos temblorosas. No puede creer que por fin vaya a hacer eso por lo que lleva tantos días suspirando. Su polla va a reventar. Roy se tumba en la cama boca arriba y le atrae hacia él.

—Así mejor. Me gusta mirar a la cara cuando follo.

El cantante guía el miembro de Miguel en su interior. Cuando lo tiene dentro, ambos suspiran con alivio. Miguel se queda quieto, esperando a que las paredes de Roy se ajusten a su considerable grosor. Pero el chico no quiere esperar y, agarrando las caderas del cómico, le marca el ritmo al que debe moverse. Este le complace, encantado de ver cómo la cara de muchacho rubio se contrae en increíbles muestras de placer.

—¡Sí! ¡Así Miguel! No pares. Dame fuerte. —le pide el otro incesante y Miguel, obedece lo mejor que puede. Pese a que intenta controlar la respiración, siente que su orgasmo es inminente y las demandas de Roy, que le piden cada vez más y más duro, no ayudan en nada.

En un momento dado el cantante pone los ojos en blanco y grita a los cuatro vientos.

—¡Por favor qué rico!

Es demasiado para Miguel. Según le escucha, su polla se contrae y empieza a soltar gruesos chorros de semen que impactan contra la barrera de látex. Su cuerpo tiembla como loco en un orgasmo eterno que le deja sin aire. Cuando la ola del clímax ha pasado, todavía se queda dentro de Roy un poco más, incapaz de moverse. El cantante le acaricia la espalda y juega con su pelo con una sonrisa pintada en los labios.

—¿Te ha gustado? —pregunta el chico y es una de las pocas veces

que Miguel nota inseguridad en su tono de voz. Él no puede ni hablar.

—Ha sido… ¡Joder! Mucho… Sí… si me ha gustado. —jadea. Se incorpora como puede y sale de Roy, que se siente vacío en un momento. Después le acaricia la polla del cantante, que sigue totalmente dura, como un mástil imponente.

—Ahora me toca a mí —dice con una sonrisa mientras cierra la mano alrededor de ella. La empieza a masturbar como hace con la suya, con movimientos arriba y abajo y haciendo especial hincapié en el glande. Roy relajado, cierra los ojos y coloca sus manos tras la cabeza, dejándole hacer.

Con un poco de miedo, Miguel se agacha y la toma en su boca. Esta nervioso, nunca ha hecho eso y no quiere cagarla. Roy es demasiado bueno en la cama y él no quiere quedar mal. Pero una vez que la recorre con su lengua, se sorprende de lo bien que sabe y, simplemente, no puede parar. Piensa para sí mismo que podría convertirse en adicto a ese sabor salado y delicioso.

Mete y saca la polla de su boca con fruición, dibujando círculos en el glande que hacen gemir al otro. También usa una mano para masturbarlo y amplificar el placer.

—¡Sigue bebé! Estoy tan cerca… —gime Roy, jugando con el pelo negro del otro. Le gusta mirar hacia abajo para ver como la boca de Miguel le folla sin piedad. Es un espectáculo gozosísimo.

Roy le avisa cuando nota llegar el orgasmo por si Miguel quiere apartarse, pero este no lo hace. Al contrario, cuando se viene en su boca, traga con deleite toda la leche del cantante y lo disfruta para sorpresa de ambos. Muchísimo. Le lame bien todo el miembro hasta dejárselo limpio y después de incorpora.

Una vez que el momento ha pasado, Miguel vuelve a recuperar el aire tímido de antes y eso a Roy le gusta todavía más. Lo atrae hacia sí y le besa con pasión, saboreándose a sí mismo en el proceso. A ese beso siguen otros más calmados, lentos y profundos mientras los chicos de tumban en la cama acariciándose sin parar.

Permanecen así durante un buen rato, pero después Miguel se pregunta qué debe hacer. No está seguro de cuál es el siguiente paso a dar, por lo que opta por una retirada a tiempo.

—Debería irme. —dice incorporándose —Es tarde y…

Roy no se molesta ni en abrir los ojos. Simplemente le agarra del brazo y le vuelve a tumbar en la cama.

—Tú te quedas aquí. —le ordena.

—Pero… —empieza Miguel que no sabe qué decir.

—¿No habíamos quedado en que ibas a ser bueno e ibas a obedecer? Pues te quedas. Tienes cinco minutos para recuperarte antes de la segunda ronda. —afirma levantándose —Yo voy a beber agua. ¿Quieres algo?

Miguel niega con la cabeza mientras vuelve a tumbarse entre las sábanas disimulando una sonrisa.

CAPÍTULO 11

—¡Por favor, no puedo más!

—Fuiste tú el que me dijo que me quedara y el que prometió que me haría correr tantas veces que no me iba a poder mover mañana. —Miguel sonríe mientras ataca de nievo el cuello de Roy.

—¡Lo sé, lo sé! Pero no tienes límite. ¡No eres humano! ¡Me vas a matar! —ríe el cantante rodando por la cama para huir del nuevo avance del otro.

—¿Qué culpa tengo yo de que seas tan irresistible? Sí es que me sonríes así y… ya ves lo que pasa —dice señalándose la entrepierna donde, por quinta vez en esa noche, una erección pulsa con fuerza.

—¡Por favor! Creo que no había follado tanto en la vida. Sé lo que dije, pero la verdad es que pensaba que te quedarías sin fuerzas en algún momento. ¿Cuánto llevabas sin follar?

—Mucho. ¡Demasiado! —exclama el cómico mientras vuelve a lanzarse encima de Roy que ríe y finge querer huir mientras los brazos del otro le aprisionan. Cuando le tienen bien cogido y no se puede mover, Miguel le da un largo beso en los labios.

—No, pero dime. ¿Cuánto es mucho?

—¡No seas cotilla! —protesta Miguel que, no obstante, sonríe. Viendo que el otro chico no va a cejar en su empeño, suspira y confiesa un poco avergonzado.

—Casi tres años ¿contento?

Roy no puede evitar una carcajada incrédula.

—¿Estás de broma? ¿Tres años? ¿Qué clase de persona se tira sin follar tres malditos años? ¿Por qué?

Miguel no sabe que responder y se encoge de hombros. Por supuesto, el hecho de estar totalmente volcado en su carrera, escribiendo nuevos monólogos casi cada día y renovando el

espectáculo todos los años, no ha ayudado. David es todo energía en el escenario y el más querido por el público, pero casi todo lo que se dice ahí arriba ha salido de la cabeza de Miguel. Eso lleva mucho trabajo.

Aunque, por supuesto, no es la única razón. Siendo artista, siempre había alguna oferta de una fan de vez en cuando, pero él nunca había estado demasiado interesado en eso. Mirando a Roy con las mejillas sonrosadas, el aliento agitado y el pecho cubierto de sudor, empieza a entender por qué.

—Me veo en la obligación de hacer algo —dice Roy levantándose y Miguel siente que esa cama esta helada sin él. —Después de tres años de celibato hay que celebrar tu vuelta al ruedo con algo especial. Y como sigo queriendo llegar vivo a mañana, más me vale que me esfuerce al máximo y te deje sin fuerzas ni para pensar en seguir follándome.

Se pone a rebuscar en un armario y Miguel se deleita admirándole ese perfecto culo prieto que tiene. Siente deseos de volver a enterrar su cara en él, pero se contiene. Finalmente, Roy vuelve a la cama con una caja metálica en las manos.

—Espero que entiendas que esto no lo hago con todo el mundo. Es una medida desesperada para amantes insaciables como tú.

Miguel sonríe, provocado por el misterio que le está infundiendo el cantante a todo el asunto y sintiéndose de alguna manera especial.

Antes de que el cómico lo vea venir, Roy se coloca sobre él y, poniéndole boca abajo, le esposa una muñeca al cabecero de la cama. Miguel lo mira sorprendido y levanta las cejas pidiendo explicaciones.

—Déjate hacer —le pide Roy sujetándole la otra muñeca y esposándosela también por encima de la cabeza.

—Roy, no te lo tomes a mal pero… no sé sí a mí me van mucho estas cosas —dice el cómico, removiéndose en la cama inquieto.

—Shhhh—Roy le pone un dedo en los labios para que se calle —Relájate. Hasta ahora lo que hemos hecho te ha gustado ¿no?

—Sí —responde él sonrojándose.

—Pues esto te va a encantar. Déjalo en mis manos. Tú solo disfrútalo.

Por alguna razón, las palabras de Roy tranquilizan del todo a Miguel. Le resulta difícil explicarlo pero se siente muy seguro a su lado. Por eso, no dice nada cuando él otro le pone una venda en los ojos y solo pregunta bajito. —¿Qué me vas a hacer?

Aunque no lo ve, sabe que Roy le está lanzando una de sus sonrisas malvadas cuando se inclina en su oído y le susurra —De todo.

Aunque no lo había hecho antes, Miguel pronto descubre que tener limitados los movimientos y la visión solo lo hace todo más excitante. Su polla pulsa con fuerza contra el colchón, completamente dura, mientras Roy le regala el oído todas las obscenidades que le gustaría hacerle. Cuando por fin empieza a tocarle, el cómico teme correrse en seco. Está salidísimo y no saber lo que viene a continuación lo está volviendo loco. Roy le regala besos de la cabeza a los pies y también le masturba levemente en su polla necesitada, pero para enseguida. No quiere que se corra aún. Miguel siente las manos del cantante bajando por su espalda hasta llegar a las nalgas. Se las abre con ambas manos y la da un largo lametón de abajo arriba. Miguel chilla sin poder contenerse.

A continuación, Roy le aplica un líquido en la raja que gotea por sus muslos. Miguel se imagina que es lubricante porque cuando el cantante le intenta introducir un dedo, lo consigue sin mayores problemas. El cómico jadea con sorpresa antes las nuevas sensaciones.

Está muy ajustado, pero Roy se toma su tiempo para prepararle y, al cabo de unos minutos, el placer es inmenso. Miguel gime y jadea mientras mueve sus caderas contra la colcha buscando una fricción tan necesaria como deliciosa. El cantante lo ve y le da un sonoro azote en el culo.

—¡Serás pervertido! Mírate ahí, tan desesperado, como un animal en celo. —Le agarra el pelo con la mano y tira un poco, lo justo para marcar su dominancia. —Más te vale que no te corras todavía. De lo contrario el castigo va a ser muy, muy duro.

Miguel deja escapar un gemido frustrado. Está tan caliente que podría combustionar y correrse es lo que más desea en el mundo, pero también quiere complacer al exigente Roy y darle lo que le pide. Se obliga a respirar para detener el orgasmo inminente mientras Roy abandona su culo dejándole vacío.

Sin embargo, esta sensación no dura mucho. Al poco tiempo Roy vuelve a toquetear su entrada, pero esta vez no viene solo.

Con cuidado, le introduce un pequeño objeto que, a pesar de no ser muy grande, le llena por completo. Más delgado en la punta y más grueso después, Roy se lo mete con delicadeza, dándole tiempo a su culo para que se adapte a él. Cuando lo tiene completamente dentro, el otro se queda quieto un momento.

—Recuerda que no tienes permiso para correrte —le dice, mordiéndole fuerte el cuello. Entonces, Roy Arnold pulsa un botón y el mundo de Miguel se viene abajo. El aparato que le ha metido por el culo empieza a vibrar fuertemente, taladrándole la próstata y haciéndole ver las estrellas en un éxtasis glorioso e interminable. Gime y muerde la almohada intentando contenerse, pero es demasiado para él.

—¡Me corro! —exclama sorprendido por las reacciones de su propio cuerpo. El orgasmo va a ser bestial, ya puede empezar a sentirlo…

Y entonces Roy apaga el juguete y le da un fuerte azote. Miguel, atónito suelta un jadeo desesperado.

—Te he dicho que no. —le recuerda el cantante.

—Es demasiado… Lo necesito. Por favor, deja que me corra.

—Todavía no guarrillo. Aguanta.

Miguel maldice, cabreado y frustrado como no lo ha estado en la vida. La polla le duele a horrores. La nota palpitar contra la colcha, pegajosa por el líquido preseminal que había empezado a salir ya. Roy lo está torturando. Es una tortura deliciosa, pero tortura al fin y al cabo.

El chico le obliga a respirar despacio unas cuantas veces antes de reanudar la tarea con el juguete. Le dice que flexione las rodillas y él lo hace sin rechistar. Se queda apoyado sobre sus piernas, con el culo y la polla erecta bien expuestos. La cabeza la mantiene apoyada sobre la almohada ya que, debido a que tiene las manos atadas, no puede levantarse.

En esa postura Roy tiene todavía mejor acceso a su culo y, como ahora no puede frotarse contra el colchón, la tortura es aún más intensa. Le penetra sin piedad con el juguete vibratorio y Miguel gime y grita como un loco, con todo el cuerpo en tensión.

No puede ver nada y, cuando Roy le coloca un anillo vibrador en la polla, chilla sorprendido. Ahora siente las deliciosas vibraciones tanto por delante como por detrás. Escuchar a Roy reírse, solo lo empeora todo.

Grita y su cuerpo se contorsiona, aunque intente controlarlo. Él mismo se sorprende de lo desesperado que parece, pero se encuentra en una zona de placer intenso, frustración y deseo que le es totalmente desconocida.

—Deberías verte. Me das hasta pena. Por eso voy a dejar que te corras, pero solo si me lo pides por favor ¿de acuerdo?

—Por… por favor.. haz que me corra.

—Me encanta oírte suplicar —murmura Roy, mientras intensifica los movimientos del juguete en su culo. Lo apuñala con él de manera salvaje llevándole, irremediablemente al orgasmo.

Todo el cuerpo de Miguel se contorsiona y su semen empieza a salir a borbotones mientras él chilla de placer y alivio.

Cuando su cuerpo por fin se calma, se deja caer exhausto sobre las sábanas húmedas de su leche y su sudor. Roy le quita la venda de los ojos y él mira hacia abajo, comprobando el desastre que ha hecho.

—Perdona. —murmura —Te lo he puesto todo…

Roy le da un azote en el culo.

—Ni se te ocurra pedirme perdón. Ha sido una pasada. Creo que nunca había disfrutado tanto haciéndole eso a nadie. —afirma mientras le libera las manos y se tumba a su lado, sin molestarse en apartar las sábanas.

El orgasmo de Miguel ha sido tan intenso que, ahora sí, casi no puede ni moverse. Roy mira el resultado que ha provocado con una gran sonrisa.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dice, tapándose con la colcha. Abraza a Miguel por la espalda y lo atrae hacia sí, metiéndole también debajo. El cómico se deja hacer porque no le quedan fuerzas para plantearse ningún tipo de movimiento. Roy enreda sus piernas

con las de él y ambos se quedan dormidos enseguida, exhaustos pero satisfechos como nunca antes.

CAPITULO 12

Miguel sale de la ducha sintiéndose un hombre nuevo. Con la piel fresca y limpia y el recuerdo nítido de lo que ha pasado esa noche, la mañana pinta mejor que nunca. Camina con una sonrisa de bobo feliz por el pasillo del apartamento de Roy, pero se detiene al escuchar la voz del otro.

—Genial cariño. ¿Te veo esta noche entonces? Si, ya sé, es que llevo unos días un poco liado, pero ya soy todo tuyo Pedro. —el corazón de Miguel se salta un par de latidos al oír la conversación que mantiene el cantante por teléfono.

¡Pues claro! Si es que parece idiota. Roy Arnold es una gran estrella de la música y uno de los tíos más buenos que existen. Seguro que tiene a los hombres haciendo cola. ¡Hombres mucho mejores, más atractivos y más jóvenes que él! A Roy le ha hecho gracia porque se lo ha puesto un poco difícil, pero hasta ahí. Una vez follado… Aún no se ha ido de su casa y ya está quedando con otro para esta noche. Otro que seguro que es un dios griego. Y él… bueno.

Por lo menos se lleva esa noche. En el fondo es un halago que alguien tan increíble como Roy haya querido compartila con él. Claro, que él querría más pero… No se puede tener todo en esta vida. Es lo que hay. Resignado, se encoge de hombros y entra cabizbajo en el dormitorio cuando el cantante cuelga el teléfono.

—¿Qué tal la ducha? —le pregunta sonriente.

—Estupenda. Oye Roy…

El sonido del teléfono del cantante interrumpe la conversación entre los dos hombres. “Sí que está solicitado” piensa Miguel con una sensación rara en el estómago. Roy alarga la mano para coger el aparato y mira con el ceño fruncido la pantalla. Finalmente descuelga.

—¿Sí? —pregunta muy serio. Algo de lo que le dicen al otro lado del teléfono le hace cambiar la cara por una mueca divertida. Hace señales a Miguel que le mira intrigado y el chico pone el móvil en altavoz.

—Sí. Dime.

—¿Roy?¡Menos mal macho! —la voz resuena por toda la habitación. —Que soy David, del teatro, el compañero de Miguel. Oye ¿tú no sabrás por alguna casualidad dónde está? Es que he ido a buscarlo a su piso y nada. Le llamo al teléfono y lo tiene apagado. En el teatro no está. He llamado hasta a su madre, pero nada.

Roy ahoga la risa mientras Miguel le hace señas desesperadas para que no diga que está ahí.

—Pues no David, lo siento. —responde finalmente esforzándose mucho por poner una voz neutra. —No sé donde está. Es un tío muy atractivo. Seguro que ha ligado y ahora mismo está en la habitación de su amante, desnudo, recién follado y se ha quedado sin batería.

Miguel mira su propio teléfono. Correcto. Apagado.

—Ya. No, no creo que sea el caso la verdad. Hace mucho que no veo a Miguel con ninguna tía.

—Igual ha cambiado de gustos. —Roy tapa el auricular para que David no le escuche reírse y Miguel hace señas de que lo va a matar.

—Bueno no sé. Te voy a dejar que me estoy agobiando un poco ¿vale? Perdona por molestarte.

—No te agobies hombre. Seguro que está bien. Si le preguntas y se pone rojo es que ha follado a gusto esta noche.

—Vale, me fijaré. Hasta luego.

—Adiós —se despide Roy colgando el teléfono. Se tumba en la cama a reírse todo lo que se ha aguantado en los últimos dos minutos. —¡Tenías que haberte visto la cara! —le dice a Miguel señalándole. —¡Parecía que te iba a dar algo!

—¡Es que me va a dar algo! A ti ya te vale. “Seguro que está en la habitación de su amante desnudo y recién follado” —Miguel imita la voz profunda de Roy con tono de burla y el otro se carcajea todavía más.

—Anda, vete. Que a tu media mitad sí que le va a dar algo. Es muy bonito que alguien se preocupe por ti así. —dice.

—Sí. Bueno, y también tendré que llamar a mi madre ¡que menuda es! Se estará subiendo por las paredes después de que la haya llamado David.

—Bueno pues carga el móvil y…

—No, si es que igual no es la batería. Es que me va fatal. Mejor voy corriendo al teatro ¿vale? —dice terminando de vestirse de cualquier manera.

—Vale —sonríe Roy —Te veo allí esta tarde ¿no?

—Claro —Miguel le sonríe de vuelta mientras sale del apartamento.

CAPÍTULO 13

—¡Menos mal! ¿Se puede saber dónde estabas? —David viene por los pasillos del teatro haciendo aspavientos con las manos.

—Por ahí. ¿Han arreglado ya la plataforma? —responde Miguel en un tono deliberadamente ambiguo mientras entra en el camerino.

—Si… —responde David mientras le mira atentamente —¿Dónde has pasado la noche?

Miguel fuerza una risa irónica.

—Pues en mi casa ¿dónde si no?

—¿Has estado con alguien?

—¡No! —niega Migue con vehemencia, pero no puede evitar que sus mejillas se tiñan de rojo.

—¡Ay por favor! Este tío tenía razón ¡has estado folleteando! —David se emociona y da saltitos por el camerino.

—¿Sabes? No deberías hacer caso a todo lo que diga Roy Arnold.
—¿Cómo sabes que ha sido Roy el que me lo ha dicho? —pregunta David levantando una ceja. Miguel se pone todavía más rojo.

¡Mierda!

Toma una tonelada de aire y la deja salir de sus pulmones antes de hablar.

—Porque estaba con él esta mañana cuando le llamaste.

—¿Disculpa? —pregunta David incrédulo.

—Que he pasado la noche con Roy Arnold. Sí, pasar la noche en el sentido que estás pensando. —aclara Miguel mirando al suelo.
David tarda unos segundos en reaccionar.

—¿Y cuando le he llamado estaba contigo? —inquiere y Miguel mira al suelo rojo como un tomate.—¡La madre que lo parió macho!

Podía haberme dicho algo que estaba muerto de preocupación.

—Le dije yo que se callase. No quería que se enterase tampoco todo el mundo.

—¡Yo no soy todo el mundo! ¡Soy tu mejor amigo! —se indigna el cómico.

—Y por eso te lo estoy contando. —intenta apaciguarlo Miguel.

—¡No tengas morro! ¡Se te ha escapado!

Miguel se frota las manos nervioso.

—Bueno, te perdono si me lo cuentas todo. ¿Vais en serio? —pregunta la versión más cotilla de David, sentándose en una silla.

—No, no creo. —responde Miguel dubitativo.

—Pero a ti el chaval te gusta.

—Sí… supongo que sí. Pero ya sabes cómo son estas cosas. Él es una estrella y tiene mogollón de tíos detrás. ¿Por qué se iba a conformar conmigo?

—Porque eres mejor que cualquiera de ellos. —responde David sin dudar —Hace mucho que no te veía interesado en otra persona. Me alegro mucho Miguelón. De verdad.

—Nah, no te alegres tanto —niega el otro con los brazos — Esta noche ha quedado con otro tío. Un tal Pedro. Así que… —pone un gesto de resignación y se encoge de hombros.

—No, si yo puedo hacer algo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Secuestrarlo?

—Algo así. Déjame perfeccionar mi plan casamentero.

CAPITULO 14

—¡Roy macho! Me tienes que ayudar. —David embosca al joven cantante mientras este hace su prueba de sonido. Todo el equipo de Arnold, especialmente Silvio con su bigote de Dalí, le miran con desaprobación, pero el cómico hace cómo si no les viera.

—Claro David. Dime. —dice Roy llevándoselo a una esquina del escenario, sin mencionar que está interrumpiendo el trabajo de todo el mundo.

—Esta noche es la fiesta de los premios Vida.

—Sí, lo sé —concede el otro, sin entender nada.

—Pues Vanesa va a ir a cubrirlos. Me tienes que ayudar macho. Es hoy o nunca.

—Chico, tranquilo. ¿A que vienen esas prisas?

—A que hay un tío de la revista que la está rondando.

—¿Y tienes miedo de que se te adelante?

—¡Por la derecha! Yo he estado poniendo en práctica lo que me dijiste, de la cal y la arena pero… la cosa va regular, no te voy a engañar. Por eso he pensado que si tu vienes conmigo a la fiesta, me puedes dar unos consejos sobre el terreno, a ver si me la ligo de una vez.

—Bueno, yo hoy justo tenía…

—¡Venga Roy! No me puedes decir que no. ¡Estoy en tus manos! —gime David, poniendo cara de pena. El cantante sonríe a su pesar.

—Vale, vale. Tenía un tema esta noche, pero lo anulo. Yo no me pierdo tus dotes de ligue en acción por nada del mundo. Allí estaré.

—¡Gracias tío! Te debo una. —dice David bajándose del escenario.

◆◆◆

—¿Qué haces esta noche Miguel? —pregunta Roy entrando al camerino donde el otro se está preparando para la actuación.

—Pues en media hora tengo función y luego… nada, supongo.

—Genial. Pues te vienes con David y conmigo a la fiesta de los premios Vida.

—¿Qué? No. Yo odio ese tipo de galas. —se opone en redondo.

—Y yo. De echo no pensaba ir. Pero David me ha liado y no pienso ser el sujeta velas mientras él se intenta ligar a Vanesa. Así que te vienes tú también.

—Yo… pensé que esta noche ya tenías planes —murmura Miguel confundido.

—¿Ah si? —pregunta Roy, levantando una ceja.

—Bueno yo… te escuché sin querer cuando estabas hablando por teléfono y… —Miguel enmudece avergonzado y el cantante sonríe, entendiendo por donde van los tiros.

—Bueno, tenía plan, pero lo he cancelado. Así que ahora no me puedes decir que no a la fiesta. Además… —se acerca y le muerde el lóbulo de la oreja arrancándole un jadeo —quizás necesite que me lleves a casa luego. Un chico joven como yo, solo en la gran ciudad… podría pasarme cualquier cosa. —afirma, poniendo una falsa mueca de tristeza.

Miguel asiente para sus adentros.

—Bueno, está bien. Iré. Pero solo para ver si David se liga por fin a esa chica. ¡Por favor! Espero que de verdad sea la mujer de su vida.

—Lo descubriremos. Tengo un plan. —sonríe el cantante.

CAPÍTULO 15

—¡Está ahí! ¡Está ahí! —David le agarra a Miguel de la chaqueta señalando con la cabeza hacia Vanesa, que charla con una pareja de mujeres en una esquina de la sala de baile. Un camarero pasa a su lado ofreciéndoles canapés y las dos mujeres, una alta y pelirroja y la otra bajita y morena, se apresuran a coger sendos manjares, pero Vanesa rechaza el suyo con un gesto.

—Ya la veo David, déjame tranquila la chaqueta que me la vas a hacer tres tallas más grande —protesta el otro mientras su compañero no puede contener la emoción.

Unos fotógrafos les disparan el flash de sus cámaras en la cara. Miguel mira de soslayo a Roy, que parece muy tranquilo posando, saludando y devolviendo sonrisas a todo el mundo en la sala. Porque todo el mundo le mira. De eso no hay duda. El resto de los invitados, gente del mundo del espectáculo en su inmensa mayoría, fingen no estar sorprendidos porque la estrella del momento esté a pocos metros de ellos. Pero las miradas de soslayo son demasiado evidentes.

—¿No odias esto? —susurra Miguel de manera disimulada al oído del cantante mientras los fotógrafos toman otra ronda de fotografías antes de desaparecer..

—Con todas mis fuerzas —responde él mientras fuerza una sonrisa en dirección a un afamado productor musical —. ¿Por qué te crees que nunca vengo a estos saraos?

Miguel lo mira atentamente, creyendo adivinar la diferencia entre las sonrisas que le dedicaba a él anoche y las que va lanzando en el salón de fiestas. Eso lo reconforta un poco.

—¡Daviiiiiiiddddd! —una rubia despampanante, alta y tetona cruza todo el salón corriendo y se abraza a David, que le devuelve el abrazo mientras lanza miradas de socorro a sus acompañantes.

—Cariño, ¿dónde estabas? ¡Te he buscado por todas partes! Esta fiesta es un muermo sin ti. —exclama la rubia en un tono demasiado alto para ser real. Parece que quisiese que le escuchasen todos los invitados del salón. A Miguel no le hace falta verle la cara a Roy para saber que esto es cosa suya.

—¿En esto consistía tu plan? —pregunta el cómico esforzándose por mantener una expresión facial neutral para que la gente que les rodea no se de cuenta de lo que está pasando.

—Chicos, os presento a Estrella Avoy, una de las mejores actrices que conozco —sonríe Roy Arnold.

—¿Actriz? —pregunta David confundido.

—En realidad soy de su equipo de peluquería —aclara ella —. Y os pongo a vosotros como testigos de que ha prometido darme dos días libres si accedía a venir a esta farsa.

—Bueno, pues gracias pero no entiendo como Estrella va a ayudarme a enamorar a Vanesa.

—En este punto querido, no se trata de enamorar. Se trata de parecer medianamente interesante, algo en lo que, perdona que te lo diga, has fracasado miserablemente. Por suerte para ti, esta noche los atributos de Estrella —dice señalando a su generoso escote embutido en un vestido minúsculo —y su falso interés por ti harán que Vanesa vea que hay otras leonas dispuestas a conquistar a su presa. Yo apostaría a que va a funcionar. De hecho mira, por ahí viene.

—Buenas noches chicos —saluda Vanesa con cara de total confusión acercándose al grupo —No esperaba veros. Mucho menos a ti, Roy. Había escuchado que no eres nada dado a aparecer en este tipo de eventos. —comenta, dirigiéndose a Roy pero sin apartar la vista de Estrella.

—Lo sé —suspira Roy con falsa desgana —pero David y Estrella querían venir y no sabes lo pesados que pueden ponerse. Por cierto Vanesa, ella es Estrella, trabaja conmigo. Creo que no os conocéis.

—Encantada —Vanesa la estrecha la mano con una leve mueca en la comisura de sus labios.

—Miguel, acompáñame a coger algo para beber. — Roy le acarra del brazo y lo arrastra a la barra dejando a David con las dos mujeres.

—No le matarán ¿no? —pregunta Miguel, inquieto por su amigo.

—No hombre, no. Estrella es una profesional en poner celosas a

otras mujeres. —dice Roy mientras hace señas al camarero.

—No sé yo si esto va a funcionar… —Miguel se rasca la cabeza.

—Ten fe —le sugiere el otro.

En los minutos que pasan hasta que les traen dos cervezas, un grupo de chavalitas que probablemente se han colado en la fiesta, corren como locas para pedirle a Roy que se haga una foto con ellas. El cantante accede con una sonrisa y su encanto habitual, pero Miguel sospecha que no está del todo cómodo. Por supuesto, esas adolescentes no tienen ni idea de quién es el humorista, por lo que se salva de salir en la foto ofreciéndose, además, a sacarla él. Después de unas cuantas fotos y una ronda de besos, las muchachas se van y los dos hombres se dirigen con las bebidas a la terraza privada del recinto.

—¡Miguelón! Menos mal que estás aquí. ¡Qué suerte! No esperaba veros. Hola Roy. ¿Qué hace David con dos tías allí? ¿Quién es la rubia? Bueno, da igual, ya me lo contaréis en otro momento. Hay cosas más importantes. —las palabras salen a borbotones de la boca de Alfonso, el mánager del dúo, que les detiene en su camino a la salida.

—¿Qué quieres? —le pregunta borde Miguel, quien solo quería estar un rato a solas con el cantante.

—Tienes que conocer a alguien. Bueno y David pero… ya te lo presento a ti primero. ¡Señor de la Rosa! ¡Aquí! —grita, haciendo señas a un hombre vestido con un elegante traje azul.

El hombre se acerca, mirando a Alfonso con algo de desprecio, como si este fuese un moscardón muy pesado que le está dando la lata. Sin embargo, en cuanto ve a Roy se le cambia la cara y le tiende una mano.

—Encantado señor Arnold. Soy un gran admirador de su trabajo.

—I… Igualmente —responde el cantante algo cohibido.

—Bueno… para serle sinceros, yo no. Pero mi hija está obsesionada con usted. Tiene mucho tirón entre las chavalitas.

—Intento hacer música que guste a mi público.

—Claro, claro… y lo consigue.

—Miguel y David también gustan mucho a su público —interviene Alfonso —. Quizás no sean las chavalitas… pero sí sus novios. O sus padres.

—No obstante las chavalitas mueven más dinero ¿no le parece? Sin ir más lejos, yo me he visto obligado a llevar a la mía a Barcelona a uno de sus conciertos —señala a Roy —. Resulta muy difícil para un padre decir que no a su niñita.

—Claro. Pero lo que yo le proponía… la gira…

—Entiendo su situación Alfonso. De verdad que sí. Pero todo sería más fácil si en lugar de hacer monólogos soeces sus representados cantasen canciones de amor como aquí, el señor Arnold. Eso es una realidad.

—También es una realidad que Miguel y David han vendido más del 80 por ciento de las butacas en las dos semanas que llevamos de la nueva temporada. —interviene Roy —Muchos de los asistentes a mis conciertos se quedaron porque venían de ver una de sus actuaciones.

Miguel duda cuánta parte de eso será verdad, pero no abre la boca.

—Exactamente —dice Alfonso, palmeándole la espalda al cantante — Eso es otra realidad. ¡Un nuevo récord!

—Récord, récord… Me cago en los récord. Está bien Alfonso, vamos a hacer una cosa. Llámeme mañana y discutiremos este asunto. Si me disculpan, ahora tengo que ir a visitar al jurado. —dice de la Rosa, alejándose a grandes zancadas.

—Pero señor —insiste Alfonso yéndose con él.

Miguel resopla en alto y, agarrando a Roy, se lo lleva afuera.

◆◆◆

—No has sido muy simpático. —observa Roy.

—No entiendo a qué ha venido eso? ¿Quién es ese tío? ¿A qué

juega Alfonso?

—De la Rosa es uno de los productores más importantes de este país. Está a los mandos de un par de programas de televisión y también produce algunas giras y espectáculos. Imagino que Alfonso os intenta conseguir un buen trato.

—Bueno, pues que lo consiga él que es el mánager. Yo soy cómico, no diplomático.

—Solo digo que en este negocio, ser simpático nunca está de más —el cantante se encoge de hombros.

—Mira Roy, no me gusta ir por ahí lamiendo culos. ¿Está claro?

—¿Seguro? —Roy levanta una ceja y le dedica una sonrisa pilla — A mí me pareció anoche que un poco sí que te gustaba.

Miguel ríe a su pesar mientras se pone rojo. Mira a los lados para asegurarse de que la terraza está vacía antes de hablar.

—Que disfrute haciéndotelo a ti…. No significa que piense hacérselo a otros. Ni literal ni metafóricamente.

—Por supuesto que no —concede el chico —. Ya me voy a encargar yo de que no te queden fuerzas para eso.

Las palabras de Roy impactan directamente en la entrepierna del otro, que se retuerce de placer ante la promesa. Azorado, el humorista intenta cambiar de tema.

—¿De verdad crees que funcionará tu truco con David y la rubia pechugona?

—Creo que a Vanesa le gusta David. Simplemente, no se lo ha planteado porque David siempre ha estado comiendo de su mano, como un perrillo faldero. ¿Entiendes? Si ve que hay competencia y que hay más mujeres luchando por el premio, seguro que se pone las pilas. Los celos son poderosos.

—No sé. Yo no soy celoso —afirma el cómico.

—Todos somos celosos en alguna circunstancia —dice el cantante —. Pero si tu no eres mejor, los celos me aburren soberanamente. Sobre todo cuando no hay por qué tenerlos.

Roy le sonríe de manera seductora y Miguel nota cómo le tiemblan las piernas. Sin saber qué decir por segunda vez en muy poco tiempo, da un trago a la cerveza.

Los dos hombres pasan la siguiente hora allí, hablando de todo. De los comienzos en el mundo del espectáculo de Miguel, de cómo últimamente los monólogos no le salen tan fluidos como antes, de David, del programa que catapultó a la fama a Roy, de las fans… Miguel piensa que nunca ha podido hablar así de abiertamente con nadie y siente que al cantante le pasa lo mismo.

Entonces, algo le pasa dentro que le lleva a agarrar al cantante por la nuca y besarlo. Le da un beso lento, tierno, como un principio de amor. Roy cierra los ojos y se deja hacer, agarrándole la cara con las dos manos, hasta que les interrumpe Estrella.

—Eh… perdón —dice la chica cortada por la escena que acaba de presenciar. Miguel se pone muy rojo y desea que se lo trague la tierra, pero Roy ni se inmuta.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—La tal Vanesa, que ha sacado las garras. Tal y cómo imaginabas. Se acaba de llevar a vuestro amigo a la pista de baile para el turno de las lentas. Ese hoy folla fijo.

—¡Genial! —celebra Roy.

—Mi misión está cumplida, así que me voy a casa. Y recuerda decirle a recursos humanos que tengo dos días extra de vacaciones —el cantante asiente —. Te veo mañana. Os dejo a lo vuestro.

Estrella sale apresuradamente de la terraza y Roy suelta una carcajada.
—Esta flipando. Esto no lo ha visto venir. —comenta Roy señalándose a ambos.

—¿Tú crees que lo irá contando por ahí?

—Hombre… no te voy a mentir: probablemente para mañana lo sepa medio teatro. ¿Te importa? —Roy se muerde el labio nervioso y Miguel medita la respuesta. No, la verdad es que no le importa.

—No tengo que darle explicaciones a nadie. —afirma. Roy sonríe y le besa de nuevo.

—Pues, si lo de David ya está solucionado, tú y yo ya nos podemos ir. ¿A tu casa o a la mía? —pregunta, cogiéndole de la mano y llevándole a la salida.

CAPITULO 16

—Estamos cogiendo demasiada afición a todo este tema de las esposas. —Miguel bufa mientras intenta algún tipo de movimiento con las manos y los pies esposados a la silla de madera maciza. Roy, empalado en la polla del cómico, le cabalga de manera salvaje, proporcionando toneladas de placer a ambos.

—¡Me corro! —exclama Miguel cerrando los ojos.

—No. —Roy se levanta de un salto, eliminando la presión alrededor del miembro de Miguel y arruinando su orgasmo.

—¡Joder! ¡Otra vez no! —suplica el otro desesperado.

—¿Qué pasa Miguelón? ¿Quieres correrte y no te estoy dejando? —Roy le lanza una sonrisa malvada mientras se sitúa de pie a su lado y le coloca la polla a la altura de la boca. —Chúpamela bien y quizás me lo piense mejor.

Miguel ladea la cabeza y devora con ansias el pene del otro. Roy le agarra del pelo mientras menea sus caderas hacia delante y hacia atrás, follándole la boca de manera desaforada. Miguel le pone tantas ganas que el cuerpo del muchacho rubio no tarda en contraerse en un orgasmo de placer, descargándose en la garganta del otro, que recibe la leche con adoración.

Todavía, recuperándose de su orgasmo, Roy vuelve su atención a la desesperada polla de Miguel, que sigue tiesa y necesitada de alivio.

—No sé si debería volver a meterme esta pitón en mi culo. Sencillamente, esta demasiado bonita así, caliente y con los huevos llenos. Podría dejarte así mucho más rato —le amenaza.

Miguel gime lleno de frustración y rabioso por la manera en la que a Roy le gusta llevarle al límite.

—Cuando me sueltes estas esposas —le advierte — voy a follarte a cuatro patas ese culo de niño pervertido hasta que seas tú el que suplique clemencia.

—Ah ¿sí? ¿Me lo prometes? —sonríe Roy volviendo a empalarse para continuar ese polvo eterno y glorioso.

◆◆◆

—Ni de coña.

—Por supuesto que sí. No es culpa mía que vosotros fueseis a los premios Vida sin decirme nada. ¡Y con Roy Arnold nada menos! Habéis salido en todos los medios de comunicación y ahora el señor de la Rosa os quiere conocer.

—Alfonso, eres nuestro manager. Y no es que yo sepa mucho de eso, pero creo que parte de tu trabajo consiste en facilitar que David y yo podamos hacer nuestro show tranquilamente, sin aparecer en estúpidos programas con estúpidos señores de la Rosa a quienes no conozco ni me interesan.

—Bueno pues te equivocas. Mi trabajo Miguel, es conseguir que los tres sigamos teniendo suficientes ingresos como para mantenernos una temporada más. Ingresos que, por cierto, garantizan que tú puedas dedicar tu vida a escribir bromas jocosas en ese fósil de ordenador que tienes. ¿Sabes la de chavales jóvenes que hay ahí fuera dispuestos a lo que sea por conseguir un poco de fama? ¿por poder vivir del mundo del espectáculo? —Miguel va a responder pero Alfonso le interrumpe — ¡Cientos! ¡Miles! Y nadie les hace ni caso. Vosotros tenéis la suerte de contar con una audiencia. Fiel y que os paga las facturas de momento, pero muy modesta. Así que si hay una oportunidad de daros a conocer e incrementar vuestra popularidad tenemos que aprovecharla. Este mes de actuaciones está siendo un éxito, pero te engañes: el mérito es más de Roy Arnold que vuestro. Si no fuese vuestro compañero de camerinos, a pesar de todo lo que protestaste, no habríamos vendido ni la mitad de localidades.

—Vale. Admito que tener a Roy cerca nuestro ha sido algo positivo —dice Miguel, pensando en algo más que en las butacas vendidas — pero…

—¡Nada de peros! Estoy hablando con un productor muy importante que podría estar interesado en que hicieseis una gira por el país. ¿Te imaginas? ¡Una gira!

—Ya hemos estado a punto de hacer una gira muchas veces Alfonso, y siempre se queda en nada.

—Se quedará en nada si no vais a ese estúpido programa. Nadie quiere producir la gira humorística de dos desconocidos. ¿No era para ti tu carrera lo más importante? Pues aprovéchalo. A finales de mes podrías estar fuera de aquí y a bordo de un avión con todos los gastos pagados. Ser teloneros del niñato pijo va a pagaros muy bien.

—No le llames niñato pijo, hazme el favor. —protesta Miguel.

—Tú le llamaste cosas peores. —dice el manager confundido.

—Bueno… estaba equivocado. Roy es un tío legal.

—¿Qué pasa con…?

—No pasa nada ¿vale? ¡Déjame en paz ya! ¡Menuda mañana que me estás dando! —dice Miguel saliendo del camerino. Alfonso le sigue, preguntándose por qué su representado está tan alterado.

Cuando está seguro de que se han ido, Roy Arnold sale del baño del camerino dando forma a una idea en su cabeza.

◆◆◆

—Estoy enamorado. —suspira David con ojos soñadores.

—¡Ay por favor! Mira, entre Alfonso y tú me tenéis hasta las narices. Enamorado dice…

—Lo digo en serio. La compenetración que Vanesa y yo tuvimos anoche fue muy fuerte…

—Bueno, pues me alegro. —contesta su compañero mientras se coloca el micrófono.

—Roy y tú desaparecisteis… —observa con voz cotilla.

Miguel se le queda mirando como si no pudiese creer lo que escucha.

—Sí David, Roy y yo nos fuimos mientras Vanesa y tú bailabais.

¿Necesitas algún detalle más o te vas a poner de una vez el micro? ¡Que salimos a escena en 5 minutos!

—¿Ya has hablado con él?

—¿Hablar de qué? Ya te dije que no es nada serio. Él está quedando con otros tíos.

—A los que ayer dejó plantados por ir a una fiesta a la que no quería ir contigo. —apostilla.

—En realidad fue a esa fiesta que odia por ti. Los dos fuimos por ti. Te recuerdo que yo tampoco soy nada amigo de esos '*saraos*'.

—¿Y no mereció la pena? —sonríe David con ojos soñadores. Miguel no puede evitar pensar en el jueguecito de anoche con las esposas y su entrepierna se revela ante el recuerdo. Hace como que busca algo en unos cajones para disimular. —Mi noche con Vanesa fue increíble—continua David —. Es la mujer de mi vida. Nos casaremos. Tendremos hijos preciosos.

—¿No te estás adelantando un poco a los acontecimientos? —duda su compañero, que no quiere ver cómo le decepcionan una vez más.

—En absoluto. Diría que estamos en la misma página. Dentro de poco podremos quedar los cuatro…

—¿Qué cuatro? —se tensa Miguel.

—Pues los cuatro. Nosotros, Vanesa… y Roy por supuesto.

—¿Se puede saber qué parte de "lo nuestro no es nada serio" no has entendido? —grita Miguel enfurecido.

—¡Ay chico! No te pongas así. Veo cómo te mira Roy y estoy seguro de que para él no eres solo un pasatiempo.

—¿Tú crees? —duda él apaciguando los ánimos.

—Chicos, vamos. Vais tarde. Tenéis que salir a escena ya. —les interrumpe un técnico que aparece de repente. Los dos chicos se terminan de colocar los micrófonos y respiran hondo antes de saltar al escenario.

CAPÍTULO 17

Miguel toca nervioso el timbre del apartamento de Roy durante más tiempo del necesario.

—¿Se puede saber qué pasa? —exclama un hombre abriendo la puerta.

Miguel se queda paralizado, mirándole de hito en hito. ¡Pues claro! Debe ser el tío con el que canceló la cita ayer. ¡Mierda de mala suerte! ¿Qué cara va a poner ahora que les ha interrumpido?

—¿Quién eres? —pregunta el hombre al ver que Miguel se ha quedado en blanco.

—Miguel… yo… buscaba a Roy… no quería —tartamudea el cómico.

—¿Miguel eres tú? —la voz de Roy sale de uno de los cuartos. —¡Pedro, déjale pasar! —grita. Pedro obedece y se echa a un lado con mala cara, facilitándole el acceso a Miguel. Miguel entra hasta el recibidor y se queda ahí sin saber qué hacer. El otro hombre, desde luego, parece estar perdiendo la paciencia.

—O sea, ¿no es suficiente con que me hayas cancelado la cita cuarenta veces? ¿Ahora también voy a tener que aguantar a tus admiradores? —grita en tono borde.

Miguel no se ha encontrado más incómodo en la vida, quiere irse de allí pero ya. Mira al hombre al que le ha interrumpido la noche. De su edad, calvo, vestido con una camisa malva y con una pluma descarada.

Arruga el gesto pensando que Roy puede aspirar a algo mejor para pasar la noche. Por supuesto, tampoco es que él sea un Adonis y, sin duda, Roy también puede aspirar a algo mejor que un cómico de barrio pero… Sacude la cabeza pensando que, o el calvo es muy bueno en la cama o Roy debe tener un gusto muy raro.

Viendo que el cómico no da ningún tipo de explicación que justifique su presencia en la casa, el tal Pedro pone un gesto de exasperación y entra a la habitación dónde está Roy con grandes

zancadas, dejando al otro plantado y con las manos en los bolsillos.

Cuando desaparece de su vista, Miguel piensa en darse la vuelta y largarse antes de hacer más el ridículo. Eso no puede salir bien. ¿Se puede saber qué hace interrumpiendo citas ajenas como si fuese un maldito psicópata? De verdad que da pena.

Luego se pone a pensar en el tipo que le ha abierto la puerta. El tal Pedro. Que está teniendo una cita con SU chico. Vale, no es su chico ¡pero podría serlo maldita sea! Si le diese una oportunidad… ¿A quién quiere engañar? Él no tiene nada que ofrecer.

El calvo no será muy guapo pero salta a la vista que, por lo menos, está forrado. Tiene mejor gusto que el. Seguro que tiene un jet privado o algo para que Roy pueda viajar de concierto en concierto. Y viste mucho mejor que él. Desde luego, se arregla más. Seguro que se cuida, así que envejecerá más lento. Y…

—¿Qué querías? —Roy se ha plantado enfrente de sus narices y Miguel, enfrascado en sus pensamientos sobre todos los ámbitos en los que Pedro le supera como hombre no se ha dado ni cuenta.

El cómico da un respingo y cuando mira al cantante, tiene que parpadear tres veces para convencerse de que no es una alucinación. Roy Arnold está vestido con una especie de traje mitad rollo Elvis, mitad del espacio exterior, en colores plateado y morado.

—¿Qué cojones es eso? —A Miguel le sale del alma la pregunta, mientras señala atónito el traje. El cantante debe de pensar cómo él que el traje es ridículo porque, por primera vez desde que lo conoce, se pone rojo y mira al suelo. ¡Joder, qué mono está cuando hace eso!

—Es un nuevo traje para la gira. ¿No te gusta?

—Bueno es muy… moderno… No sé, yo no entiendo de estas cosas —se justifica encogiéndose de hombros.

—No te gusta nada ¿no? —ríe Roy.

Miguel se obliga a dejar de mirar el traje y mirarle a la cara.

—No. La verdad es que no. Me horroriza profundamente. —responde, con toda honestidad.

—¡Pedro! ¿Ves? A Miguel le horroriza el traje. Te dije que era demasiado. —grita Roy en dirección al cuarto.

—¡Pero bueno! —Pedro sale con paso rápido y gesticulando exageradamente con las manos —¿Es que ahora tus estilismos los va a decidir… ESE? —señala con desdén a Miguel y a su vieja camiseta negra. —¿Dónde estudió moda exactamente? ¿En Atapuerca?

—Yo no… —Miguel intenta excusarse para apaciguar la indignación de ese hombre que, si bien es quince centímetros más bajo que él, parece muy capaz de darle una paliza. Sin embargo, Pedro ni siquiera lo mira cuando continúa su defensa del traje galáctico.

—¡Ese traje es perfecto para actuar! Marca a la perfección todos los movimientos.

"*Y lo que no son los movimientos*" piensa Miguel reparando en lo ajustado que le queda el traje.

—Vamos, solo opinamos que igual podíamos buscar algo más sencillo, más… minimalista. ¡Esa es la palabra! Algo más minimalista. ¡Pedro! —Roy se acerca al hombre y le agarra las manos —Tú no necesitas tanta plata para demostrar que eres el mejor. Si a ti te dan dos trapos viejos y haces una obra de arte.

—Roy, menos peloteo —le interrumpe Pedro, algo más calmado — Yo soy estilista, no brujo. Con la ropa que lleva tu amigo ni Lady Diana parecería elegante. Pero está bien, es tu estilo. Iré a buscar qué tengo pero te advierto que toda la nueva temporada viene en tonos plata, así que si no te gusta, mejor plantéate salir desnudo al escenario.

—Hombre, tampoco habría tanta diferencia —ironiza Miguel ganándose otra mirada iracunda del estilista que desaparece por los pasillos murmurando una tesis sobre los nuevos atentados al buen gusto.

—No seas malo —ríe el chico dándole una palmada en el hombro.
—Estás… —Miguel le mira de arriba a abajo el apretado traje y los ojos se le van sin querer a la entrepierna del cantante —¿Llevas ropa interior debajo de eso?

Roy Arnold niega con la cabeza en un gesto de coquetería.

—No llevo nada de nada. —susurra acercándose a su boca peligrosamente.

Miguel da un paso hacia atrás.

—¿No se enfadará tu amigo? —dice señalando a la puerta por la que ha desaparecido Pedro.

—¿Quién Pedro? Hombre, imagino que si le fuese a comer la boca a Silvio sí, pero contigo no creo que tenga problema. A no ser que me hayas ocultado algo. —sonríe.

—¿Silvio? ¿El del bigote?

—Mi tour manager. Y su marido.

—Ah… —Miguel se rasca la cabeza confuso —Creí que… tenías una cita.

—Sí. De vestuario. Con Pedro. ¿Por qué? ¿Celoso?

Miguel se encoge de hombros sin saber que decir y hasta agradece que el iracundo estilista vuelva a aparecer en escena.

—¡Me largo! Para el caso que me haces… te he dejado unas cuantas combinaciones en el perchero. Pruébatelas y selecciona tres. Yo me voy que tengo familia. —dice Pedro con tono de voz todavía irritado saliendo del apartamento. Roy intenta despedirse de él, pero el estilista le cierra la puerta en las narices.

—¿Sabes cuánto le voy a tener que hacer la pelota para que se le pase el cabreo? —pregunta encarando a Miguel con gesto de falso enfado.

—Te he salvado de parecer un Elvis intergaláctico encima del escenario. Deberías estarme agradecido. —protesta Miguel.

—Todavía no me has dicho a qué has venido. —pregunta Roy acercándose de nuevo a él hasta que sus rostros quedan a escasos cinco centímetros.

—Yo… a nada no…

—¿Pensabas que tenía una cita y has venido a reventármela? —pregunta el cantante alegre.

—¿Qué? ¡No! —se escandaliza Miguel poniéndose rojo automáticamente.

—¿Entonces? ¿No te alegras de que no esté en una cita?—insiste Roy con cara de no creerse nada.

—Sí. Es decir… —Miguel toma una gran bocanada de aire —Mira, será mejor que lo diga de una vez y ya está. Yo… la verdad es que me alegro de que no estuvieses en una cita. Porque para mí… esto… es decir, lo que tenemos…

—¿Y qué tenemos? —inquiere Roy, que no parece dispuesto a ponérselo nada fácil.

—Pues… esto. Sea lo que sea. Es muy nuevo para mí. No estoy habituado a querer ver a alguien todo el rato, ni a querer estar con alguien… y no puedo creer que te esté soltando todas estas chorradas porque esta misma mañana me estaba diciendo a mí mismo que lo que necesito es concentrarme en mi carrera. Pero luego pensé que ibas a estar aquí con otro tío y… me sentí… mal. Necesitaba decírtelo. Decirte que me gustaría, que me haría muy feliz, que tú y yo fuésemos solo tú y yo. Sí tú quieres, claro. Que yo ya sé que tú tienes mil oportunidades de estar con tíos muchísimo mejor que yo pero...

Roy le calla con un beso que le empotra contra la pared. Le besa con desesperación, abrazándole bien fuerte, durante mucho rato.

—¡Menos mal! —suspira cuando por fin se separan — Pensaba que no querías nada más que sexo conmigo.

—¿Qué? —pregunta Miguel confundido.

—Te estaba tirando los tejos de todas las maneras posibles y tú nada; parecías incómodo cuando Estrella nos pilló, siempre te ibas corriendo de mi casa… ¡No sabía qué creer! —se queja Roy

— Si llego a saber que te ibas a poner celoso con el bueno de Pedro me lo habría currado más.

—¡No estoy celoso!

—Mejor. Ya te dije que es aburrido. —sonríe Roy —Entonces, ¿solamente tú y yo?

—Y quizás tu traje intergalático. Pero sobre todo tú y yo. —Miguel le devuelve la sonrisa.

El cantante suelta una carcajada mientras se mira los pantalones plateados.

—¡Anda calla! Me voy a cambiar.

—No. Mejor déjatelo puesto y vamos al dormitorio. Quiero comprobar si se marca todo tan bien como ha dicho tu estilista.

—¡Serás pervertido! —grita Roy cogiéndole de la mano y arrastrándole al dormitorio.

CAPITULO 18

—Roy… suspira Miguel mientras mete la nariz en el pelo del cantante, emborrachándose de su olor.

—¿Qué? —pregunta el otro, cómodamente apoyado en su hombro.

—¿Cómo vamos a hacer… esto?

—¿El qué? ¿Lo de ser novietes? —ríe el cantante, encantado de incomodar a su recién estrenado novio.

—Sí, lo de ser novietes. —suspira el cómico.

—Pues como todo el mundo Miguel ¿cómo lo vamos a hacer?

—No, como todo el mundo no. Porque todo el mundo no es una estrella de la música, que se tiene que ir por ahí a dar conciertos. Y yo estoy atrapado en el teatro. Va a ser difícil que nos veamos.

—Por favor, no sufras Julieta, que vivimos en el siglo XXI. Seguro que se nos ocurren formas de vernos. Alfonso os quiere conseguir una gira.

—Sí. Alfonso tiene buena intención, pero al final esas cosas nunca salen.

—No lo sabes.

—Sí lo sé. En los últimos diez años no han salido.

—Eso puede cambiar. —dice Roy cerrando los ojos con aire despreocupado.

Miguel le mira atónito.

—¿Por qué soy yo el único que me preocupo? ¿Es que tú no quieres que estemos juntos?

—Pues claro que quiero. Y lo estaremos. Tú te preocupas porque está en tu naturaleza preocuparte. Si no lo hicieses no serías el señor gruñón y cascarrabias del que me estoy enamorando.

Miguel lo mira sin saber qué contestar. ¿Se está enamorando de él? ¿Así de sencillo es todo?

El sonido estridente de un móvil les interrumpe, evitando que el cómico pueda seguir reflexionando sobre eso.

—Cógelo. Es el tuyo. —dice Roy desperezándose como un gato y pasándole el aparato.

—Mira, es Alfonso. —comenta el otro mirando la pantalla —Seguro que llama para decir que al final de la gira con el productor ese nada de nada. ¿Qué te apuestas?

—Una buena ración de sexo. —responde el cantante.

El otro sonríe mientras descuelga y saluda a su interlocutor.

—¡Miguel! —grita Alfonso al otro lado del teléfono —¡Buenísimas noticias Miguel! ¡Las mejores! ¡No te lo vas a creer!

—¿Qué pasa? —pregunta el chico nervioso.

—De la Rosa quiere producir la gira. ¿Qué digo la gira? ¡Un girón! El doble de ciudades de lo previsto. ¡Todo un año! ¡Y eso no es lo mejor! Como lo de los tickets combinados ha funcionado tan bien en el teatro, quieren replicarlo en la gira. ¿A qué no sabes con quién vais a estar actuando hombro con hombro?

—¡Por favor! ¡Un nuevo yogurín estrella de la televisión no! —ironiza Miguel, ganándose que Roy le estampe un cojín en la cara.

—No. No es un nuevo yogurín, no. ¡Es el mismo yogurín! Roy Arnold quiere ser parte de la gira. Al parecer va a sacar un disco con todo ese rollo de las baladas íntimas.

Miguel mira atónito a Roy que sonríe con satisfacción desde la cama.

—¿Roy? ¿Roy Arnold?

—El mismo. Sus fans están como locas. Todavía no se han terminado de anunciar todas las fechas y ya hay entradas agotadas. Eso sí Miguel, te va a tocar aguantarle todo el año que viene, en

viajes, hoteles.. Así que haced las paces porque le vas a ver más que a tu sombra.

—En eso ando sí… en hacer las paces —murmura Miguel tirándole de vuelta el cojín. —. Escucha Alfonso, llama a David para contárselo que le va a dar un siroco de la emoción. Te llamo en un rato ¿vale? — se despide y cuelga el teléfono antes de mirar a Roy muy serio.

—¿Una gira juntos? ¿Ese es tu plan para hacer funcionar la relación? ¿Llevarme de telonero?

—De telonero nada majo. Protagonismo compartido. Ya he hablado con mi equipo y nos van a hacer unos carteles con una foto de los tres… vamos a salir divinos.

—Alfonso está muy emocionado.

—¡Es que es una muy buena oportunidad para que os conozca más gente! ¡Esto lanzará vuestra carrera!

—No sé… tendré que rehacer todo el show de nuevo.

—A mí me gusta el show como está. Pero puedes cambiarlo si quieres.

—Tú nunca has visto el show.

—¡Pues claro que sí! ¡Miles de veces! ¿Por qué te crees que llegaba tan pronto al teatro? ¿No pensarías en serio que tardo tres horas en peinarme? —ríe Roy señalando su corto pelo rubio.

—¿Venías a vernos a nosotros?

—Bueno… sobre todo iba a verte a ti.

—Y a follar con desconocidos en los camerinos —apostilla Miguel riendo.

—Eso fue un mal día ¿vale? Necesitaba relajarme un poco y tú ni me mirabas.

—¿Le has vuelto a ver? —pregunta Miguel ignorando el pellizco de malestar en el estómago mientras espera la respuesta.

—¡Claro que no! Si era un alemán que había venido de visita. Ni siquiera sé su nombre. Además, con él fue todo muy aburrido. Lo más interesante que pasó esa noche en los camerinos fue tu cara mientras me mirabas follar. Te pusiste muy cachondo y casi haces que me corra allí mismo.

Miguel nota como su entrepierna se endurece recordando aquella noche.

—Ya me gustabas de antes —continúa Roy —Pero esa noche decidí que, o te follaba o me moría.

—¡Qué drama! —ríe Miguel.

—En serio. Menos mal que superaste con creces mis expectativas en la cama porque había fantaseado tanto contigo que si no me habría llevado una gran decepción.

—Ahora en la gira tendré que esforzarme continuamente para seguir superando tus expectativas ¿no?

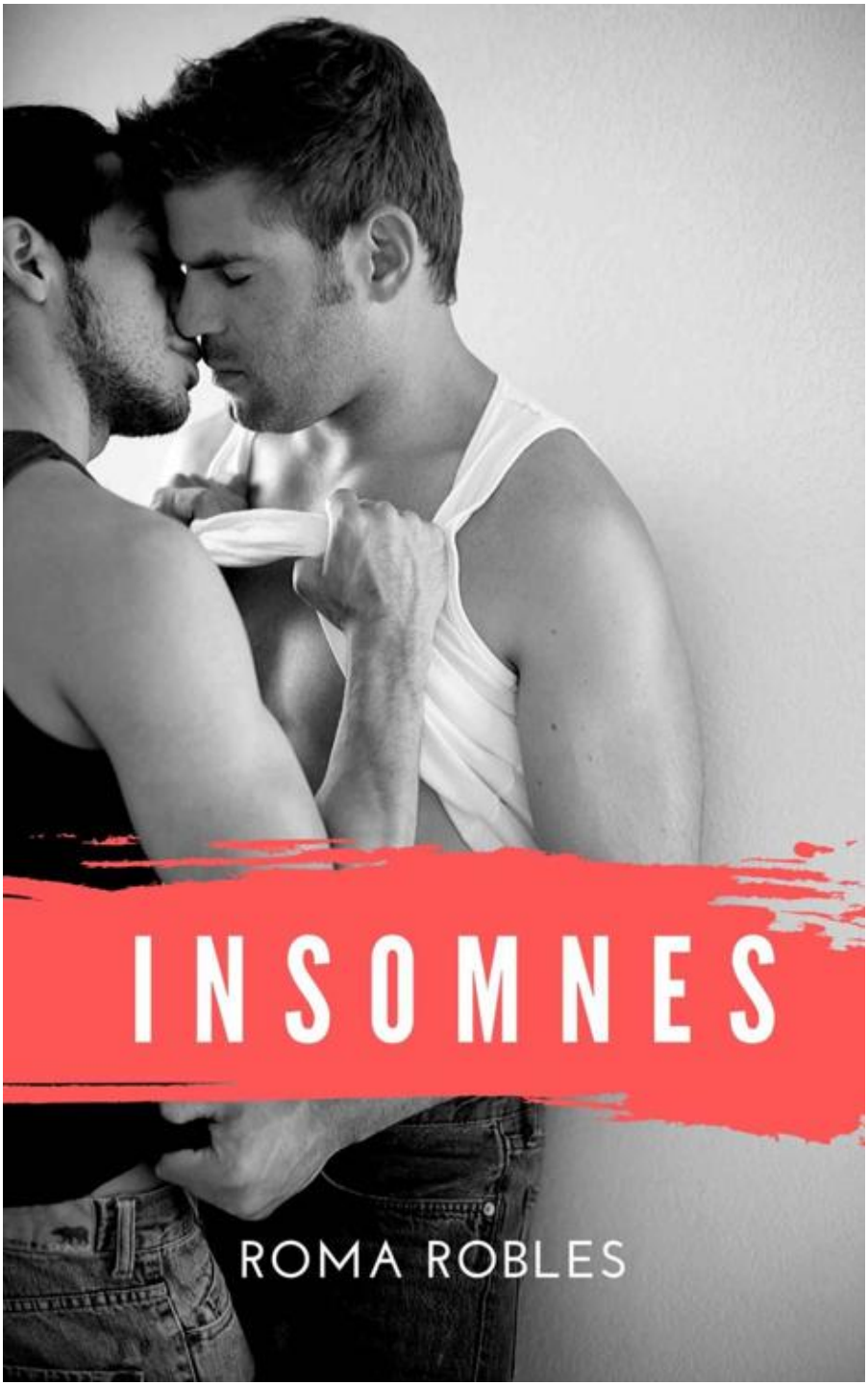
—No tienes ni idea. Tengo muchos planes para el próximo año. —susurra el chico restregándole su erección por el muslo. Miguel ríe sabiendo que ya no hay marcha atrás.

FIN

¡Gracias por leerme! Me hace mucha ilusión que hayas elegido mi libro y espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer más relatos de amor y sexo gay puedes encontrar 10 historias más en mi libro 'Censurados' (disponible en este enlace)

Un saludo,
Roma.

OTROS LIBROS
INSOMNES



“¿Nos conocemos?” pregunto.
“Si.” es su escueta respuesta.
“¿Del trabajo?”
“Puede. No te voy a decir nada más. Quiero ver cómo te bajas los pantalones. Si te portas bien y obedeces, quizás te enseñe algo”.

La situación me está poniendo muy caliente. Noto cómo mi polla está completamente dura bajo los pantalones y sé que si me los quito él se va a dar cuenta. Aunque probablemente ya lo sabe. Sabe lo atractivo que resulta para alguien como yo, con su misteriosa máscara y sus muslos perfectos. Seguro que también sabe que hace años que nadie me pone una mano encima ni me quiere enseñar nada de nada. Y que estoy desesperado. Y que verle es lo más emocionante que me ha pasado en mucho tiempo.
Incómodo como nunca, me levanto y me bajo los pantalones de un tirón. Me quedo parado, como un pasmarote delante de la cámara mientras el joven de la máscara me examina atentamente. Finalmente, la vergüenza puede más y me vuelvo a sentar, tapando un poco mi intimidad.
"Estas muy duro" aprecia Toy-Boy. Intento que mi cara no refleje la vergüenza que me da que se me note tanto y me froto las manos insistentemente fuera de cámara. "Me encanta" dice él. "Tienes una segunda oportunidad. Dime: ¿quieres que me lo quite?" pregunta, señalando su ropa interior.
Mis dedos tiemblan sobre el teclado mientras escribo la respuesta: "Sí."

Pincha en el siguiente enlace si quieres seguir leyendo este y otros relatos de erótica gay.

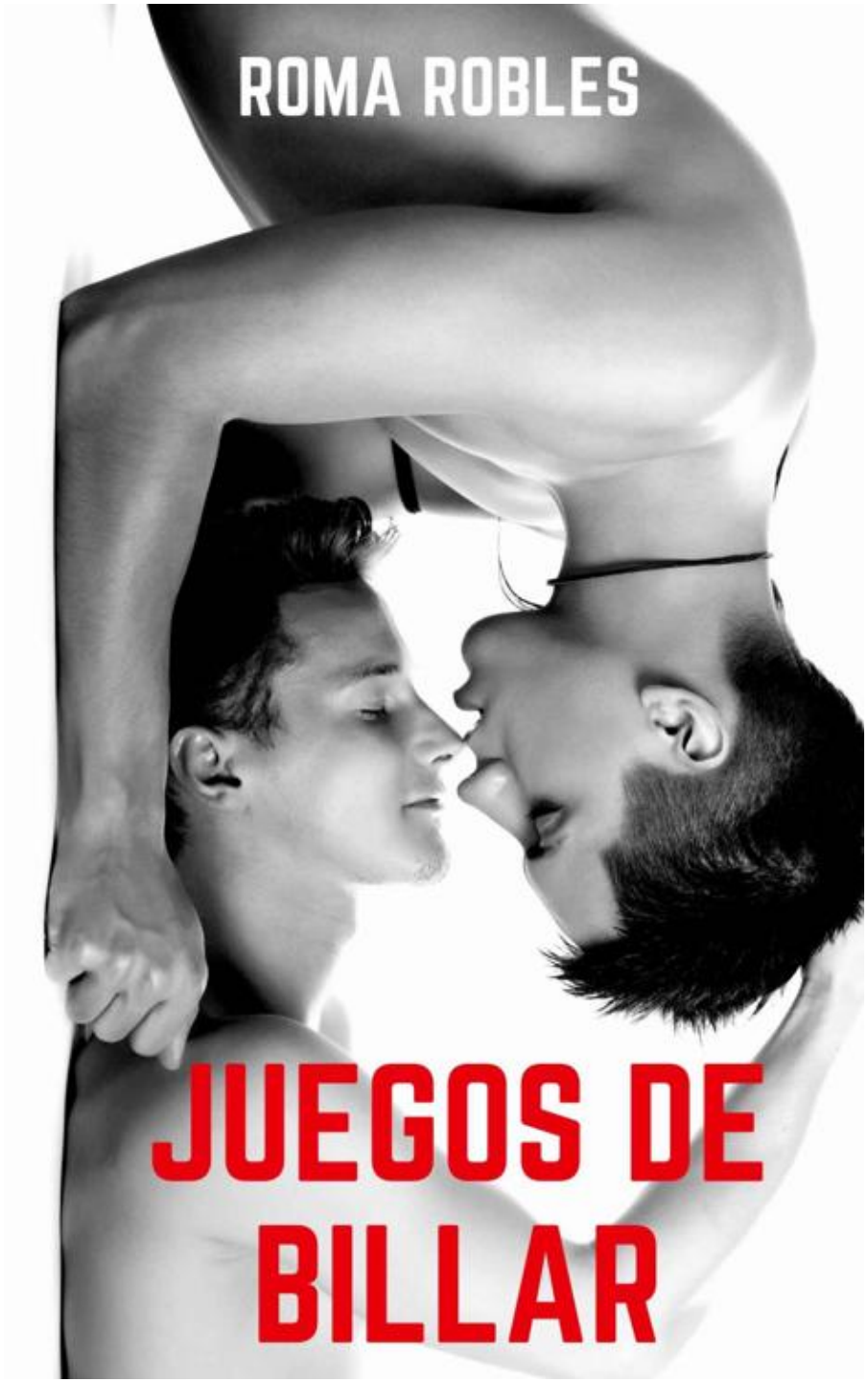
CENSURADOS

Su mano subía y bajaba enérgicamente alrededor de su falo. Los chorros de agua descendían por su cuerpo pero él se mantenía con los

ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacía atrás mientras se masturbaba con pasión.
Yo no quería quedarme ahí, mirando como un idiota la paja de mi compañero de cuarto, pero no podía evitarlo. Mi cabeza gritaba "¡Sal de ahí imbécil!", "Vete por donde has venido", "Te va a ver", pero mi cuerpo no respondía. ¡Dios! Estaba tan cerca… Podía sentir su orgasmo aproximándose, su respiración acelerándose, las caderas moviéndose al compás que marcaba su mano. De repente, mordiéndose el labio inferior gimió suavemente y yo ya no pude más. El cosquilleo que había sentido en mi entrepierna desde que le había sorprendido en la ducha se intensificó y mi polla se puso completamente dura, clamando atención.
Distraídamente me llevé una mano a los pantalones y la acaricié por encima de la ropa para intentar aliviarla un poco con la fricción de mi mano. Mientras lo hacía no podía apartar la vista de la majestuosa polla que tenía delante. Estaba completamente hinchada, palpitante, su glande de un intenso color rosado. Era maravilloso verle ahí, desnudo, perfecto, masturbándose furiosamente con los ojos cerrados, inconsciente de que le observaba desde hacía un buen rato. Incrementando la velocidad se apretó el miembro con fuerza y gimió mientras eyaculaba. Gruesos chorros de semen cayeron sobre los azulejos de la ducha y otros se deslizaron sobre su cuerpo hasta mezclarse con el agua. "¡Por favor que manera de correrse!" fue lo único que conseguí pensar mientras le miraba maravillado, incrementando la fricción de mi mano sobre el bulto de los pantalones.
—¿Pero que cojones haces? —Exclamó cuando, por supuesto, abrió los ojos y me encontró ahí.

Si te gusta la erótica gay, puedes leer Censurados aquí.

JUEGOS DE BILLAR



El sonido metálico de las sillas de acero inoxidable golpeando las unas con las otras resuena en la noche. Silvio termina de apilarlas y resopla mientras agarra la tambaleante montaña de mobiliario y la

introduce en el interior de la taberna. Por el rabillo del ojo ve cómo los últimos clientes se levantan de la última mesa que queda en la terraza y se van. Se trata de dos parejas de treintañeros, dos chicos y dos chicas que llevaban ahí sentados al menos dos horas consumiendo una triste cerveza cada uno. Mientras ellas cotorreaban y se reían sin parar, ellos parecían no encajar bien y se dedicaban, más que nada, a mirar el móvil. Silvió suspira y piensa cuánto mejor estarían las dos chicas si mandasen a tomar vientos a aquellos dos sosainas y se liasen entre ellas. Sonríe. Quizás todavía pueda pasar. La noche aún es joven. Y la ciudad es mágica.

Sale fuera para recoger los vasos del cuarteto y ve a un chico mirándole desde un banco de la plaza, a unos diez metros de la terraza. Al principio no le reconoce. Se trata de un joven, más o menos de su edad, corpulento, gordito que dirían algunos, con la cara recién afeitada y un brillo tímido en la mirada. Es esa mirada la que le hace recordar. Pues claro. Es el chaval ese, el pijeras, amigo de Alessandra. El de la otra noche en su piso. Le sonríe y el le devuelve la sonrisa. A Silvio le parece que se sonroja, a pesar de que con la tenue luz de las farolas, no puede asegurarlo. Finalmente se acerca.

—¡Hola! —saluda el otro con una confianza bastante forzada.
—¿Qué tal? Leo ¿no? —contesta Silvio.
—Si. —sonríe el otro y Silvio intuye que está aliviado de que lo recuerde.
—¿Llevas mucho ahí? —señala el banco.
—¿En el banco? No, no —se apresura a aclarar el otro —Había quedado con Alessandra y Mario pero se han ido ya. Así que pensé en ir dando una vuelta hasta casa, he pasado por la plaza y te he visto recogiendo. No quiero que pienses que soy un acosador ni nada parecido. —finaliza atropelladamente mientras se pone rojo como un tomate.

Silvio suelta una carcajada sincera por primera vez en toda la noche.
—No hombre, no. Tranquilo, que no pienso eso. Pasa anda, te invito a algo mientras termino de cerrar.

Lee esta historia de amor y sexo gay completa.

LAS CADENAS

—Todo es más intenso cuando no puedes verlo venir —me susurra

al oído.
—¿A qué te refieres? —pregunto confuso.
No responde y no veo nada, por lo que no puedo saber donde ha ido, pero de repente noto un azote seco en mis nalgas. Suena como una serie de chasquidos, no demasiado fuertes, pero que me hacen dar un brinco. No me hace falta preguntar qué ha sido. El látigo de nueve colas que estaba en mi bolsa.
—¡Joder! —exclamo sorprendido.
—¡Esa boca! —me reprende él dándome otro latigazo. Después me calma la piel enrojecida con caricias deliciosas cuya energía va directa a mi polla. Me besa el cuello y baja por la espalda hasta llegar a las nalgas donde reparte besos infinitos en aquellos lugares donde he sido azotado.
Se me pone durísima al instante y Max me la acaricia. Después vuelve a darme un azote. Y vuelve a besarme. La mezcla de placer y dolor hace que mi polla se retuerza de ansiedad y deseo. Mi piel ultrasensibilizada multiplica por mil todas las sensaciones, agudizadas aún más por el echo de que no puedo ver. Gimo ansioso.
—¿Te gusta esto? —pregunta Max.
—¡Sí! —grito. Hasta yo me sorprendo de lo necesitada que suena mi voz.
—Se dice “Si, señor”.
—Si… señor.
—No sabes cómo me pone tenerte así —me susurra.

Sigue leyendo esta historia de sexo gay BDSM.

Primera Edición: ©Febrero 2020, Roma Robles

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la copia, distribución o adaptación de cualquier parte de la obra sin permiso previo de la autora. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y eventos aquí narrados son ficción y producto de la imaginación de la autora.